

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

ESN 19905-100718-116188-90



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Los ojos del jardín</i> (RICARDO IRIBARREN).....	4
<i>La hora de la hinchada</i> (HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO).....	12
<i>Conversación en la calle</i> (JUDITH SHAPIRO).....	15
<i>No me temas</i> (CARLOS RANGEL SANTOS).....	22
<i>Consuelo para deprimidos</i> (GUSTAVO CAMPANELLI).....	26
<i>Encuentro de Universos</i> (PATRICIA KIEFFER).....	33
<i>El Gorrión</i> (MARCELO NASRA).....	44
<i>Merceditas en Bermudas</i> (GABRIELA VILLANO).....	47
<i>Los susurrantes</i> (CARMEN POMBERO).....	50
<i>Quien cree, crea</i> (NANIM REKACZ).....	53
<i>Cuentapena</i> (YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET).....	56

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
http://faneditor.hi5.com

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.
ESN 19905-100718-116188-90

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
GUILLERMO ECHEVERRÍA, LAURA PONCE, LUIS PESTARINI y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"La leyenda de Nasga" (GERARDO DAMIÁN BARBERO)

pase la locura", dijo. Ahora sé que no pasará. El hedor es real, existe, y desde aquel maldito día no pasa un segundo en que no lo sienta. Arsenio estaba jodido, pero incluso así tuvo la suerte de no saberlo todo. El dije era sólo una parte; la suya y la de su gente. Porque todos tenemos cosas con las que sustituimos a los demás. Tememos quedar indefensos al mostrarnos tal cual somos. Nos han enseñado que éste es un mundo en el que oprimir y sacar ventaja es lícito, o al menos inevitable. "Los demás lo hacen", decimos, y buscarnos en nuestras cosas diarios receptores a nuestras ansias, a nuestros dolores y alegrías, a nuestros sentimientos.

En mis sueños puedo ver la pestilencia que despedimos. Millones de bocas vomitando. Todos andamos pegajosos, manchándonos unos a otros, vomitando una y otra vez. Yo lo veo. Y cuando lo veo tengo que librarme de eso, aunque sea destruyendo cada cosa que hemos construido. ¿Saben?, esos sentimientos que negamos no se pierden. De algún modo se quedan ahí, en nuestros objetos, pudriéndose, atorméntándonos; cada día más letales. Hasta que alguien como yo los libera, porque tenemos que aprender a vivir con lo que negamos.

© YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET, 2009.

YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET
(Cuba —Yaguajay, Sancti Spíritus, 1976—)

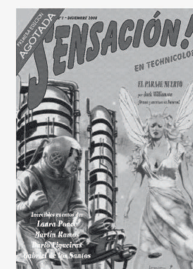
Sociólogo, profesor universitario y narrador. Máster en Sociología por la Universidad de La Habana, especialidad Sociología de la Educación, participó como ponente en eventos nacionales e internacionales de su disciplina. Su proyecto de doctorado versa sobre los procesos de socialización y la transmisión de la enajenación. Cursó el Taller de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso (La Habana, Cuba). Publicó en **La Isla en Peso**, **Cubaliteraria**, **La Jiribilla**, **Axxón** y **miNatura**. Obtuvo el premio, en el género Fantasía, del Segundo Concurso de Cuento Oscar Hurtado 2010, con el minicuento "Cuestión ideológica". Actualmente reside en La Habana.



**AHORA TAMBIÉN PUEDE
CONSEGUIRLAS POR:**



PAGOS CON TARJETA - ENVÍOS POR CORREO



ba mientras hablaba. Y supe lo que tenía que hacer para librarme de la peste. Fui a verlo. Se negó a dárme-lo y tuve que matarlo. Era fuerte y no tuve tiempo de abrirle las manos antes de que Genaro y sus hombres entraran; a duras penas logré huir por la ventana. Después de eso lo único que podía hacer era independizarme. Por suerte mi grupo no discutió mi autoridad; les dije que me haría con el control de todo y me siguieron. Pero Julio y Genaro fueron mucho para nosotros y nos derrotaron. Más tarde supe que el ejército había acabado con el grupo de Genaro y que él había caído en tus manos, y pensé que juntos podríamos vencer a Julio y yo obtendría el dije, porque sólo eso hará cesar los sueños, ¿entiendes? Cada día los tengo, y en todos veo al Viejo hablándome, sosteniéndolo cerca de su boca, la mirada perdida, llenándolo.

—¿Llenándolo?

—Cada palabra, cada lloro, cada sentimiento. ¿Entiendes? Se han acumulado allí todos estos años y ahora me atormentan. Debo enterarlo, donde no me alcancen. Son los vómitos del alma.

De pronto se retorció como si lo estuvieran quemando y empezó a gritar.

—No te acerques más. Estoy lleno de vómito, ¿no lo ves?

Me arrojó una piedra que a poco no me dio en la sien.

—¿No lo ves? ¿No lo ves? —gritaba desde el suelo en el que mis hombres lo retenían—. Son las cuentas, las cuentas. —Y no dijo más porque lo acallé de un puñetazo.

Eso se repitió todas las noches hasta que llegamos a Combaba. Yo

tenía unas ganas locas de acabar con el asunto; la gente estaba intranquila, nerviosa, y soñaba cosas raras. Sin el acuerdo con el ejército cualquier patrulla de medio pelo hubiera podido eliminarnos cien veces.

—Loco de mierda —mascullaba Miguel cada noche—. No te fíes de él.

Hacerle caso me salvó la vida, porque al entrar en la oficina del Viejo fui poco a poco y eso me salvó. Vi el movimiento que hizo para sujetarme y lo rechacé de una patada al estómago. Quedó doblado en el piso, junto al cadáver de Julio, y esperé a que se levantara.

—Así que pensabas matarme. —Y rastrillé el fusil, y me miró, y supe que me veía.

—Si me matas el único que quedará serás tú. Y esto —señaló al dije sobre su pecho— será sólo para ti.

Eso me hizo reír, y casi fue mi última risa, porque el muy cabrón sacó del cinto su cuchillo y me lo lanzó. Falló por poco. Yo no. Quedó culebreando en el piso, como una anguila partida en dos de un machetazo. Me le acerqué y le miré los ojos grandes, que empezaban a vidriarse. Entonces vi el dije sobre su pecho y me pareció gracioso darle un tiro. Aquello fue un gargajazo de vómito. Casi pierdo el sentido. Chorreó de todas partes. Una putrefacción viscosa, invisible, me arrojó al suelo. Todos mis hombres murieron asfixiados.

Una patrulla del ejército me halló una semana después, y gracias al coronel Teodoro me liberaron y pude venir para la ciudad. “Para que se te

Entre 1983 y 1991, la revista *Nuevomundo* editó dieciséis números. En cuatro años, NM —su continuadora— logró la misma producción y con esta entrega la ha superado. Una de las razones es el desarrollo de la informática. En aquella época todo era armado manual, mucho esfuerzo y voluntad; ahora se hizo más fácil, pero sigue habiendo esfuerzo y voluntad. Otra es haber optado por la publicación electrónica, que permite hacer todo más rápido. Pero sigue habiendo esfuerzo y voluntad. Una más —y dejamos acá, porque se podría seguir con la enumeración— es la participación de los autores que colaboran con la publicación. Gracias a ellos, cada tres meses puede aparecer un nuevo número para satisfacción de los lectores. Ahí también hay esfuerzo y voluntad de su parte.

Por cierto, también hay satisfacciones. El 4 de junio de este año, por ejemplo, tuvimos la oportunidad de entregarle a TERESA MIRA el diploma por el 2° accésit en el III Premio de las Editoriales Electrónicas por su ensayo *La trama del Vacío*, que publicara en las páginas de este medio. La ceremonia fue en la sede de la Fundación Vocación Humana y disfrutamos del honor —como representantes en la Argentina del colectivo de Premio— de también darles las certificaciones correspondientes a PABLO CAPANNA, ganador de la categoría Ensayo, y a GUILLERMO ROMANO, primer accésit en Ilustración. Además, experimentamos la alegría de encontrarnos con gente a la que apreciamos.

Todo gracias a ese esfuerzo y voluntad.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados con OpenOffice 3.2. La revista se armó con Scribus 1.3.7. Los archivos PDF se generaron y editaron con PDFCreator 0.9.9, JPDFBokmarks 2.3.0, PDF-XChange Viewer 2.0 y jPDFtweak 0.9.5.

LOS OJOS DEL JARDÍN

RICARDO IRIBARREN

*"What wailing wight
Calls the watchman of the night?".*
(WILLIAM BLAKE)

"L'enfer est le regard des autres".
(JEAN PAUL SARTRE)

—Si puedo encerrar el jardín en una ecuación, lograré hacer lo mismo con la vida y cuando muera regresaré —repetía Jorge diariamente.

La fascinación por el olor a azufre y a cementerio que emanaba de los senderos del jardín era lo que nos unía. Al amanecer nos despertábamos como si escucháramos el mismo reloj y subíamos a la torre desde donde divisábamos los penachos de la niebla, los caminos que emergían de la penumbra y las lejanas visiones del laberinto y la fuente.

El jardín tenía la forma de una cruz inscrita en un círculo y en el interior se abrían otros tantos senderos redondos que reproducían la configuración original. Misteriosos cambios transformaban diariamente las circunferencias en elipses; los caminos giraban en sentido contrario a las agujas del reloj y de ese modo los dibujos de la grava, la fuente y el laberinto que se encontraban al sur aparecían al este, luego al norte, al oeste, hasta que retornaban a sus posturas iniciales.

Nunca lo comenté, pero tenía la certeza de que, desde la tierra y los arbustos del jardín, alguien me vigilaba hora tras hora. A veces me sentía desnuda y procuraba cubrirme; en otros momentos, la mirada me halagaba y cuidaba que mi vestido, mi peinado y mi maquillaje estuvieran perfectos para aquel ser invisible.

Mi amigo Jorge acababa de terminar con excelentes notas la licenciatura en matemáticas y una de sus obsesiones en aquel otoño fue la de traducir a ecuaciones diferenciales el extraño comportamiento del jardín.

El viejo jardinero era el tío de Jorge y, bajo el resplandor de las fogatas que encendíamos todas las noches, repetía las mismas palabras antes de empezar sus historias.

—La parcela donde está el jardín fue durante mucho tiempo el cementerio de la zona que luego trasladaron al sur del pueblo. Mi padre y mi abuelo lo trabajaron, por eso lo

el viejo Ortega, y se había quedado mirándome. Así debió de ser la mirada de ella, pensé, mientras los pelos en mi espalda contagiaban su estiramiento a los del cuello.

—¿Qué coño tú dices? ¿Qué Arsenio mató al Viejo por un muñeco de mierda? —le grité a Genaro, sintiendo aun el frío en mi piel.

—Sí —dijo, y movió frenético la cabeza de arriba abajo, las pupilas clavadas en Berto—. Arsenio no estaba bien. —Le salieron a borbotones las palabras—. Desde que cayó herido en una emboscada del coronel Teodoro, no estaba bien.

—¿Y?

—Pues —y su cuello dejaba ver la nuez de Adán ascender una y otra vez, incapaz de mantenerse quieta—, pues deliraba, sí; creía que estábamos malditos. Todos. —Y rehuía mis ojos cuando lo llevé hasta el tornillo de banco y reventé su cabeza.

—Él te dijo la verdad. Estamos malditos —repitió Arsenio un mes después, mientras la lluvia nos ensordecía—. Por eso necesito que me ayudes.

Tuve que aspirar aire para que se me saliera la picazón del pecho, y medio mareado me paré y fui para la ventana. El hombre junto a ella me saludó y volvió a mirar para el monte.

—¿Y cómo sería eso?

—Debemos capturar el dije y enterrarlo.

"Está loco de remate", pensé.

—Me parece que te voy a librar de tu miseria —dije, y saqué el cuchillo de la vaina y lo moví hasta que destelló.

—El dije lo tiene Julio —dijo, y detuve el cuchillo—. Separados no podemos con él, pero si nos unimos podremos.

—En la unión está la fuerza, ¿no? —susurré, y me le acerqué—. Eres un loco con buenas ideas. —Y se rió mientras se masajeaba las muñecas.

—Juntos haremos saltar Comaba —afirmó.

Esa noche tuvo uno de sus ataques.

—Los tiene todas las noches —me contó uno de sus hombres.

—¿Y ustedes qué hacen? —pregunté.

—Lo sujetamos hasta que se le pasan.

Así que esperé hasta que se calmó.

—A partir de ahora vas a dormir encerrado, y voy a ponerte un par de hombres a seguirte los pasos.

Se viró hacia mí, torva la mirada.

—Hay más sentidos que los del cuerpo.

—¿Qué? —y me detuve.

—Hay más sentidos que los del cuerpo —repitió—. Están ahí. Lo supe después del tiroteo de Abua-co. Me dieron un tiro en la cabeza. Agonicé dos semanas. Cuando me recuperé pude sentir la pestilencia. En todo y en todos. Al principio pensé que era la selva, porque la selva siempre huele a podrido. Y nosotros siempre matamos. Una aldea, un caserío, cualquier casa que encontremos. *Ra, ta, ta, ta*. Y a podrir. Después del ataque a Goga supe lo que era. Esa noche tuve el primer sueño. Vi al Viejo. Tenía el dije junto a la boca y hablaba; llora-

hagas el trabajo por mí. ¿Justo o no?

—Justo.

—Bien —y me apuntó con el dedo—, si no te hubiese escuchado no estarías vivo y no tendríamos trato. Un jefe debe escuchar. Siempre.

Resultó tener razón. Escuchando a Genaro, ahíto de miedo en el rincón donde lo tiré, supe cómo destruir a los Ortega. Aunque la verdad es que, luego de la repentina muerte del Viejo, eran pura sombra de lo que habían sido.

—Se nos fue de pronto, Bernal —me dijo y le saqué a puñetazos los dientes.

—No digas mi nombre, que no es para ti.

—Ahora se va a hacer más difícil entenderlo —dijo Berto que, a mi lado, mantenía los hierros en el fuego.

—Pégale uno para que tú veas. —Y hasta que la piel no se puso negra no mandé a quitárselo.

—Como apesta este cabrón —se carcajeó Miguel, mientras le acercaba un cubo de agua a la cara.

—Ahora di qué pasó —le dije, apenas logró botar el agua de boca y narices.

Me contó la discusión entre Arsenio y el Viejo.

—“Nos estás jodiendo la vida” —gritaba—. “Deshazte de esa porquería”. Al rato escuchamos un disparo y cuando entramos el Viejo estaba despatarrado en el suelo, las manos sujetando fuerte el dije de la abuela, ¿te acuerdas?

Me cruzó por la mente el mercado de Arepaia, donde el Viejo, entonces

un muchacho apenas menor que yo, fue con su madre, que la tuvo el muy cabrón; una mujer dura como pocas, según me han dicho. El Viejo estaba deslumbrado por las artesanías. “No estamos aquí para eso”, dijo ella y lo llevó a un puestecito poco expuesto. “Deme lo que le encargué”, pidió a una india que debía tener más de cien años, con las arrugas tan duras como las esmeraldas. La mujer le entregó una figurita de unos tres centímetros, imitación perfecta de un jaguar.

—Póngaselo al cuello, mi hijo —ordenó la vieja y el muchacho obedeció.

—¿Para que es esto, má? —Y la vieja le clavó una mirada seca.

—Aquí no se habla con nadie. Sólo negocios. Ningún dolor, ninguna pena o alegría.

—Sí, pero...

—Es el confidente perfecto. Lo llevas contigo; no habla, no traiciona. Es perfecto.

—Má, no pensarás...

—Escúchame —y lo amenazó con el índice—, esto jamás te traicionará. ¿Está bien?

Él asintió.

—Lo que digas.

El mismo Viejo me lo había contado. “Ése era el defecto de mi madre, estaba en el borde entre la locura y la genialidad. Odio reconocerlo, pero tenía razón. Si te ven débil, o lo pareces, te acaban. No puedes permitirte fallos. Así que usé el muñeco. Era mejor hablarle a alguien o algo que al vacío... Luego descubrí que no te devuelve lo que das. Sólo... te despeja el mecanismo. Era un genio o una maldita loca. Ya ni sé”. Eso me había dicho

conozco como a mi propia mano. —Levantaba su palma tosca, surcada de líneas y la exhibía a la luz cambiante del fuego. A continuación narraba las historias; una por noche. Algunos eran relatos de los habitantes del lugar y otras fantasías del propio anciano. Casi siempre describía asesinatos por amor o por codicia. Los cadáveres seguían sepultados en el jardín, pero la policía nunca los encontraba. El viejo terminaba sus cuentos con la misma frase: “Deben saber que el jardín está vivo y oculta un terrible secreto”.

Después encendía su pipa, fumaba mirando al sur y ya no contestaba a nuestras preguntas.

Un par de noches, envueltos en mantas y con sendos termos de café, Jorge y yo nos apostamos cerca de la fuente y esperamos sin dormir aquello que pudiera explicar los cambios. A eso de las tres, un viento extraño movió la grava y la tierra de los canteros. Eso fue todo. En el amanecer de la segunda noche Jorge habló de un posible campo magnético que desplazara la tierra y las piedras, pero enseguida abandonó esta hipótesis, convencido de que el jardín estaba vivo y tenía movimiento por sí mismo. Éste fue el axioma que siguió hasta el final.

Los dibujos habían sido trazados en la grava de los senderos con piedras de colores diferentes. La mayoría eran triángulos, elipses o vórtices. El más importante, ubicado en el centro del jardín, era un pájaro inclinado sobre una serpiente. Los ojos de uno y otro eran piedras brillantes que al caer la tarde refulgían y vibraban como si estuvieran vivas.

Enamorado de mí, Jorge alternaba sus estudios sobre el jardín con la observación de mi cuerpo. Mientras regaba las plantas, preparaba té o tocaba el piano, sentía sus ojos siguiendo cada uno de mis gestos.

—No me hagas caso, Abdolia. Continúa como si yo no estuviera —me pedía—. Me dedicaré a mirarte sin reclamarte nada, como a una belleza lejana e inalcanzable.

A veces componía poemas, los leía en voz alta y su tono atiplado atravesaba mi cerebro como un taldro. Al principio, con mis quince años recién cumplidos, me halagaba su atención, pero al pasar los días sentí hastío de verlo a toda hora contemplándome con sus ojos de borrego.

Jorge sufría de asma. En sus ataques lo había visto caer de rodillas, desesperado, mientras su pecho emitía sonidos sibilantes. Su tío, que vivía en la cabaña frente a la casa, llegaba de inmediato y llamaba a los médicos. Agravaba el problema un soplo en el corazón que, unido al asma, lo llevaba a las puertas de un infarto.

Lo único inusual de aquel día fue que Jorge logró por fin traducir el jardín en una ecuación. Me mostró la sucesión de números, letras y signos.

—Abdolia, ésta es la vida del jardín —me dijo con entusiasmo—. A partir de ahora conozco sus intimidades. No tiene secretos para mí. Este descubrimiento me hará inmortal. Fíjate; el movimiento se traduce en números irracionales que se van alejando de la figura áurea en proporción geométrica...

Miré con atención los números y las letras. Él siguió explicándome la fórmula en términos de funciones, pero no entendí nada.

Esa tarde, durante la siesta, me despertó el redoble ansioso, casi insoportable de las campanas de la capilla. Me levanté cubierta de sudor y, al asomarme a la ventana, vi que los sirvientes de la enorme casa corrían de un lado al otro. Me vestí y salí.

—El niño Jorge desapareció —anunció el criado más antiguo con tono dramático.

Caminé hasta el jardín y noté que algunas plantas, secas el día anterior, ahora se mostraban frescas y lozanas. Los ojos del ser invisible me miraban apremiantes. Abordé a una de las sirvientas que se acercaba.

—¿Lo buscaron aquí? —pregunté.

—Señora, buscamos hasta en la última brizna de hierba, rastreamos la fuente y hasta la escarcha y el rocío. El señorito Jorge no está en el jardín.

No contesté. Sentí que, pese las palabras de la sirvienta, mi amigo estaba allí. Caminé hasta las proximidades de la fuente y los ojos volvieron a observarme, como si esperaran algo de mí.

El laberinto era un simple enigma simbólico y no había forma de perderse. Recordé un antiguo texto de la Edad Media donde se afirmaba que la salida de un laberinto siempre estaba en el centro. Allí había un pequeño poyo. Me senté en él. Al rato aumentó mi impresión de

ser observada y me pareció ver bajo la luz del sol dos pares de ojos flotando en el aire. Unos eran los de Jorge y los otros los del desconocido.

Dormité. Aquella fue la primera vez que vi al adolescente con alas. Eran sus ojos los que me observaban. Poco a poco distinguí el rostro, la cabeza y el cuerpo. Las alas eran doradas, con un grueso reborde negro. En el sueño su rostro estaba tenso y sus gruesos labios entreabiertos, aunque su expresión era la de un niño. Me habló; en ese momento lo entendí, pero luego no recordé sus palabras. Tan sólo me quedó una frase: *...llevé a Jorge porque ha descubierto mi secreto, pero tu espera hará que lo devuelva.*

Me dormí profundamente y desperté hacia el crepúsculo. Sentí un peso en mis piernas; acostado en el suelo, Jorge se aferraba a mis muslos y me miraba en silencio. En su mano derecha, apretaba el papel con la ecuación que supuestamente encerraba la totalidad del jardín.

No recuerdo claramente lo que sigue. Sé que demoré mucho en llevarlo hasta la casa. Mi amigo tenía las piernas inmovilizadas y debía sostenerse de mí para no caer.

—Lo vi, Abdolia —repetía obsesivamente. —Debo volver...

Cuando le pregunté a quién había visto, tuvimos un diálogo desorbitado. Recuerdo nuestros tonos de voz, algunas palabras sueltas, pero no puedo precisar lo que dijimos. Tampoco me explico cómo pude avanzar con Jorge aferrado a mis piernas. Finalmente vi la casa y para llegar a ella crucé una corriente de

supieron en carne propia. ¿Cómo, si no, se les ocurrió pedirme perdón? Lo dicho: el miedo es algo tremendo. Suelta la lengua; eso le hizo a Julián primero y a Genaro después. Julián me contó la muerte de mi padre, y no contó más porque le reventé la cabeza en un tornillo de banco nuevecito, importado por los militares, y que el coronel Teodoro me dio luego de convencerlo de que me encargaría de los Ortega.

—Fíjate bien, Bernal, si huyes con todo lo que te he dado voy a cogerte más tarde o más temprano y vas a parar al tornillo —me dijo, repatingado en un catre en Quetzala, la base de Huberto, quien ya estaba quietecito debajo de los troncos que le apilamos encima.

—No se preocupe, coronel, que yo soy agradecido —respondí, mientras aspiraba el humo azulado de su tabaco.

—*Cuban cigar* —dijo—; tu primo sí que sabía vivir. Buen negocio el de tu familia para haber levantado este lugarcito.

—No es mi familia.

Él se carcajeó.

—Ahora no, pero lo era. ¿O no? —Y se encogió de hombros, mientras yo trataba de sacar de mi cabeza la imagen de la cloaca donde me ocultó Miriela, una criadita que pensó que mis desahogos con ella eran algo más que eso. Once condenados días, con sus noches, pasé ahí, mientras los hombres de Genaro y Julio peinaban la zona, empeñados en corregir su fracaso en el intento de matarme en Combaba, en los días en que no sabía lo sucedido a mi padre. “Los voy a matar a todos”, me juré el primer día, pero para el

octavo lo único que me juraba era conservar la memoria.

—Bernal, Bernal —escuché a Miriela, en el anochecer del oncenavo día, y subí hacia su voz, bulto empapado en orina y mierda.

—Apesta a rayo —dijo, llorando.

—Ven conmigo —pedí, y negó con la cabeza.

—Le avisé a tu gente, te esperan en el río.

Me abrazó y me dio un paquetico de comida.

—Pase lo que pase, no vuelvas —dijo.

Tuve que acopiar mis últimas fuerzas para estrangularla. La tiré en la cloaca y su voz me resonó en el cerebro cada metro que me arrastré hasta llegar al río. Un río que es como una cinta podrida hendiendo la tierra negra y fangosa de Orenón, cinta veteada de caimanes y serpientes, que nunca ofrece otro color fuera del carmelita que arrastra desde las orillas.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Miguel, una semana después, al verme despertar sin fiebre.

—Déjame eso a mí —dije y me tomé un trago largo de aguardiente, que me recordó el petróleo crudo cuando sale de las calderas.

“Para que si me bañan no me duela”, pensé. Pero el coronel no me fusiló.

—Yo soy razonable, Bernal; escuché lo que te pasó y, la verdad, para qué matarte si pareces un fantasma. Mira —subió las piernas a la mesa, dejando las pantorrillas gordas y sucias a mi vista—, voy a darte las armas, la ropa y el tornillo de banco. Lo único que pido es que

Mis parientes eran temidos en toda la comarca y más allá. Sobre todo por su trato con el ejército, que — pese a que quería controlar su negocio de drogas — tuvo que preferir una alianza con ellos. Los Ortega dominaban todo desde Combaba: una fortaleza imposible en medio de la selva, construida de hormigón fundido, con pistas de aterrizaje, almacenes, incluso un acueducto que abastecía las aldeas vecinas. Allí se podía encontrar de todo, menos siembras de drogas y putas. Ésas estaban en las aldeas, y en éstas nada era más temido que divisar en una de las partidas de Combaba la figura corpulenta de mis primos, porque significaba la muerte.

Julio, Huberto, Arsenio y Genaro eran bien famosos al unirlos. Tuve que matar mucho para alcanzarlos en boca de la gente. Decir “Por ahí viene Bernal” fue pronto lo único necesario para que caseríos completos se mudasen en una noche. Llegaron a temerme más que a todos los Ortega juntos, y eso los preocupó, porque en menos de un año no quedaba en mí rastro del muchacho triston y metido en libros que había sido. Huérfano de madre, una Ortega legítima, me había criado mi padre en la finca de su familia, alejado de la gente, con lo que mi temperamento, violento por naturaleza, se había reblandecido al punto que a veces mi padre me amenazaba: “Yo sé que en ti hay madera de jiquí, y si no te espabilas te la sacó mandándote con tus primos”. Pero le gustaba tenerme a su lado y por eso me dejaba pasar mis dieciséis años entre libros y alguna que otra cacería. Hasta que me sorpren-

dió cogiendo a una chivita que tenían en la finca y me sopló tres cocotazos.

—Cabron, ¿acaso no hay mujeres por aquí?

Yo le dije que sí, pero que era tímido y me trababa.

—Idiota —dijo—. ¿Qué quiere usted cogerse: una chiva o una mujer?

—Una mujer.

—Pues vaya y búsquese una. Si lo que quiere es una mujer, ¡que carajo hace con una chiva!

A la semana me envió a Combaba.

—Haremos de ti un Ortega —me dijo el Viejo apenas me le acerqué—. Tu padre así lo quiere.

Lo mucho que les importaban los deseos de mi padre lo supe ocho meses después, cuando envió a Genaro a matarlo. Mi padre... Aun hoy, y pese a lo que le pasó, siempre que pienso en él viene a mi mente alto y fuerte, sin mucho músculo, la verdad, pero con médula, como le gustaba decir, mostrando su sonrisa orillada. Mi padre, que se desangró tripas afuera luego de que Genaro quemara la casa en que nació y me crió. Lo sacó a patadas, los pies y manos destrozados a machetazos. “El machete”, acostumbraba a decir el muy hijo de puta, “es lo mejor para ajustar cuentas”. Yo pensé en algo mejor y él, si no hubiese sido uno de los que lo probó, me hubiese dado la razón. Pero sucede que el miedo es algo tremendo, al punto de borrarle las opiniones a un hombre y reducirlo a un sonsonete que va del “no lo hagas” al “perdóname”. Genaro Ortega, y antes de él su segundo, Julián, lo

agua. Procuraba que mi amigo mantuviera su cabeza fuera de ese río que nunca había estado en el jardín.

Cuando llegamos al parque anterior a la casa, los sirvientes corrieron a auxiliarnos.

—¡Regresaron el señor Jorge y la señorita Abdolia! —anunciaron a gritos.

Los médicos que revisaron a Jorge concluyeron que estaba exhausto y necesitaba descansar. La posibilidad de un ataque de asma y de una complicación cardíaca desaparecían con el paso de las horas. Al día siguiente, el tío de mi amigo me interrogó sobre lo ocurrido.

—Lo encontré en el jardín —afirmé—; me quedé dormida y él llegó hasta mí...

El hombre pidió detalles. A pesar de que no me parecía importante, le hablé del laberinto, de haberme sentado en el centro, y en un segundo relato le conté mi visión del joven con alas en la espalda.

—Me parece una alucinación —comenté.

—No esté tan segura —dijo el viejo con acento enigmático, mientras encendía uno de sus gruesos cigarros—. Conocí un caso parecido. El espíritu del jardín se enamoró de una muchacha; la joven desapareció y nunca la encontraron.

Al despertar, Jorge afirmó no recordar nada de lo ocurrido. Pedí hablar a solas y al mirarlo me sorprendió su expresión, como la de un animal atrapado.

—Dime la verdad: ¿dónde estuviste esas horas?

—¡No recuerdo, Abdolia!

—Cuando me encontraste en el jardín dialogamos; no retuve las palabras, pero fue muy intenso...

—¡Te digo que no recuerdo! —Jorge golpeó la mesa que estaba entre nosotros y acercó su rostro furioso al mío. Ante ese gesto, tuve la certeza de que el amigo que me contemplaba y escribía poemas románticos se había marchado.

En los días siguientes continuó observándome, pero no era la misma mirada. Había en sus ojos un brillo parecido al de un perro cuando en plena noche se ilumina su rostro con una linterna. Sus manos temblaban y el sudor bajaba por su cuello.

Su asma empeoró y en un día llegó a tener dos ataques. Cuando se recuperó, volvió a escribir poemas. Su voz había cambiado y en cuanto a los versos, si bien mantenían el exceso de adjetivos y de términos rebuscados, el contenido era otro; me imaginaba muerta, describía mi belleza y todo lo que haría con mi cadáver.

Ante esto, le pedía que se marchara. Entonces subía al techo o se ocultaba detrás de los árboles para vigilarlo. Por primera vez traté de evitarlo.

La sensación de ser espiada por el desconocido se acentuaba durante las tardes y producía un fuerte vértigo en mis manos y en mis pies. Una mañana estaba de rodillas, procurando trasplantar algunas matas, cuando sentí que alguien acechaba detrás de mí. Al volverme, encontré a Jorge. Apenas lo reconocí. El odio y el deseo alteraban

sus rasgos. Extendió sus brazos y, al ver que lo rechazaba, me tomó de las muñecas.

—¿Qué te ocurre? ¡Déjame!

Sus manos se dirigieron a mis pechos y los apretaron hasta hacerme daño.

—¡Te deseo! —exclamó con voz ronca y furiosa.

Logré soltarme de su abrazo y corrí hacia el fondo del jardín. Me persiguió y se arrojó sobre mí haciéndome caer; sus manos rígidas levantaron mi falda y buscaron mi sexo, mientras murmuraba palabras extrañas. Logré zafarme otra vez, corrí a la empalizada cercana a la fuente y tomé la manguera. A Jorge le costaba caminar. Sus piernas estaban tiesas y no doblaba las rodillas, de modo que tuve tiempo de abrir la llave, apuntar el tubo hacia él y lanzarle a la cara el grueso chorro. Aquello lo detuvo y trató de luchar con la fuerza del agua, hasta que cayó desmayado.

Volví a la casa y avisé a su tío lo que había pasado. El anciano llamó a los médicos, quienes llegaron con rapidez y se ocuparon de reanimarlo. Ayudé a incorporarlo y al acercarme a él y verlo pálido, indefenso, sentí una súbita ternura. Sospechaba que el oscuro habitante del jardín lo había enviado hasta mí. Las palabras que murmuró junto a mi oído parecieron confirmarlo.

—Detrás de la fuente hay un monstruo y yo me convertí en él.

En mi bajo vientre sentí una mezcla de miedo y atracción.

Lo hospitalizaron y a la madrugada la sirvienta de la casa, que me co-

nocía desde niña, llegó a mi cuarto y me avisó que Jorge había muerto de un infarto.

Lo velaron esa noche. Durante el entierro, hubo crudas escenas de dolor y me sentí aliviada cuando todo terminó.

Pasaron dos semanas y día tras día esperaba en el jardín que Jorge llegara y se tomara de mis piernas. Comía muy poco, adelgazaba y desmejoraba. Los sirvientes avisaron a mi padrino, quien viajó desde la ciudad y me conminó a alimentarme y dormir. Amenazó con informar de mi situación a mis padres, los que al saberlo me internarían en un colegio de señoritas.

Una de aquellas tardes descubrí el trozo de papel donde mi amigo había escrito la fórmula que supuestamente contenía la totalidad del jardín. Lo guardé en la pequeña caja que contenía el escapulario que llevaba al cuello.

Al mes de la muerte de Jorge desperté al amanecer sintiendo la necesidad de ver el jardín; me levanté, subí a la torre y me asomé al telescopio. Entre los vahos de humedad que se elevaban de la tierra, una figura con traje marrón caminó tambaleándose. Se volvió como si supiera que lo estaba mirando. Rostro pálido, ojos desconcertados.

—Jorge —murmuré.

Bajé rápidamente, entré al jardín y llegué hasta el laberinto. En dirección a la casa, bajo las primeras luces de la mañana, vi la línea plateada de una corriente de agua.

las llagas en su codo derecho, extrayendo con las uñas las esquirlas de metralla en cuyo montón había ido a parar del puñetazo con que lo rechazé. El montón, en el que no se veía rastro de aplastamiento, resplandecía al lado de la puerta tras la que el muy imbécil planeó sorprenderme.

—Así que pensabas matarme —dije, y rastillé el fusil. El sonido debió entrársele muy adentro de la cabeza porque abrió los ojos y me miró, realmente me miró. “Como en los malos tiempos”, pensé, viéndole la lucidez que le busqué en vano la tarde en que mis hombres lo trajeron bien atado y lo tiraron junto a mi silla, allá en mi campamento de India Sur. Dos días apenas habían pasado desde que liquidáramos a Genaro Ortega y su grupo, y habíamos regresado a tiempo para pasar las lluvias de agosto bien guarecidos. Diluviaba ese día, y cuando mis lugartenientes abrieron la puerta y entraron empapados en agua fangosa, mi humor empeoró.

—Arsenio Ortega, cará —dije, y me le puse enfrente, para verle bien por los ojos, velados por las cejas espesas. No lo hallé; era como si fuese otro hombre que me miraba medio alelado.

—¿Qué le hicieron? —pregunté, y mis muchachos se encogieron de hombros.

—Nada —dijo Eusebio mientras lo señalaba—. Ya estaba así cuando se presentó.

—¿Cómo es eso?

—Pues sí —acotó Miguel—. Se presentó solito en la tercera posta —Eusebio asintió— y pidió hablar con usted. Y por ésta —besó la cru-

cecita tatuada en su muñeca—, que ni lo zarandeamos.

—Vayan para fuera —ordené, y esperé hasta que salieron a la lluvia que sonaba como si cada gota fuera una pedrada en el fango. En cuanto cerraron la puerta le hablé. —Así que de visita —dije, y asintió justo antes de que le diese una patada de recibimiento—. Mi viejo amigo —bromeé, y me preparé para darle otra.

—Quiero tu ayuda —dijo y se me aflojó el impulso como halado por una cuerda—. Quiero tu ayuda —repitió, y se me salió la risa.

—Tú oyes eso, mi hijo —dije tocando el puñal que colgaba de mi cinto y me volví a mirarlo, justo a tiempo para sorprenderle el miedo, lento y profundo, detrás de los ojos. Un miedo viejo.

Me picó la curiosidad, ese bicho que habita incluso en aquella selva de porquería sembrada de hombres empeñados en quedársela. “¿A qué puede tenerle miedo el hombre que es el más famoso de los Ortega?”, pensé. Los cabrones más asesinos o asesinos más cabrones de toda la zona. Tan cabrones que nadie atacaba una caravana nuestra, aunque nos triplicaran en número.

—La cosa es —me dijo el viejo Ortega la tarde en que me recibió en su hacienda en Combaba— que saben que aún debajo de la tierra los iremos a buscar. Así que si tienes mi sangre, no importa si es poca, tienes que ser como nosotros. —Y sonrió con su boca rugosa, descubriendo su dentadura perfecta, que le daba a su cara peluda, como de lobo, la expresión feroz que heredaron sus cuatro hijos.

CUENTAPENA

YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET

Una inmensa bola de grasa pestilente, eso parecía mi abogado, mientras afirmaba que no arrepentirme de haber hecho explotar aquel edificio fue lo que decidió al jurado a condenarme a muerte. Sus manos gruesas, relucientes de sudor, estrujaban los legajos de la apelación. “Es usted demasiado conocido, Bernal”, dijo, y tenía razón. Hoy día es de dominio público mi pertenencia, por parte de madre, a una de las familias criminales más poderosas del país: los Ortega, famosos traficantes de drogas y tratantes de blancas. En Internet están disponibles decenas de testimonios de familiares de mis numerosas víctimas, y hasta se vende un mapa que contiene mis actividades en la región que mi familia dominó por más de cincuenta años: la Sabana, en plena selva de Orenón. Y es que luego de difundirse las numerosas órdenes expedidas para mi captura, sumadas al monto de las recompensas ofrecidas, muchos se preguntan cómo es posible que, luego de hacer mi realísima gana en Orenón, vinie-

se a vivir a la capital, sin que nadie lo sospechara, y me atribuyen una astucia poco menos que diabólica. La mayoría asume, y no andan muy descaminados, que conté con el apoyo del ejército. Por eso, mis explicaciones de por qué exploté aquel edificio fueron señaladas como un burdo intento de hacerme pasar por loco, y hasta mi abogado, al reunirse conmigo para discutir la apelación, me pidió que cambiase mi historia. “Nadie va a creerle; debemos armar otra”, me rogó antes de irse, dejándome su tufo clavado en los papeles, amontonados en la mesa.

Lo que él no sabía es que esa oportunidad había pasado hacía mucho. El momento en que pude hacerme otra historia fue un año atrás, el día que tuve encañonado a Arsenio Ortega y podía ver el movimiento convulso de su cuerpo contra el suelo. No temblaba de miedo y yo lo sabía. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, lo suficiente para que sus ojos pudieran seguir el movimiento de sus dedos dentro de

Recordé el día en que tuve que atravesar aquel río fantasma con Jorge aferrado a mis piernas. Crucé el laberinto y caminé hacia unas sombras que se levantaban al fondo del jardín. Al llegar, me rodeó una noche súbita y marché entre acantilados que caían a pico sobre un mar lejano. El terror chorreaba por mi espalda como una catarata helada. No me sorprendió encontrar al adolescente que viera en mis sueños. Estaba desnudo, con sus ojos carmín muy abiertos y el par de alas doradas en su espalda. Era quien me había vigilado todos esos meses. A pesar del miedo, traté de mantener mi compostura.

—¿Quién eres? —pregunté con tono de autoridad.

—Soy el Rey de los Muertos que están enterrados en el jardín.

—¿Dónde está Jorge? Acabo de verlo; se dirigía hacia aquí.

—Te lo diré si me sigues —contestó el adolescente.

Después de vacilar un momento, marché tras él. Bajo la suave luz de la luna que iluminaba el sendero, sus alas se abrían y cerraban y no podía dejar de miraras. Cruzamos el sitio donde estaba el pájaro inclinado sobre la serpiente. Ya no era una figura sobre la grava; su cuello se movía hacia abajo mientras el ofidio parecía alejarse, en una tensión que no cesaba. Cuando levanté la cabeza, advertí que el muchacho con alas había desaparecido y lo reemplazaba una silueta familiar.

—¿Jorge?

Estaba de pie, con los ojos cerrados, el rostro muy blanco y las mejillas hundidas.

—Jorge, soy Abdolia.

No contestó. Vestía el traje marrón y la corbata verde con que fuera enterrado. Al acercarme, el adolescente surgió de alguna parte y se interpuso entre mi amigo y yo. Me observó fijamente con sus ojos rojos y penetrantes. Sostuve su mirada.

—Debes devolverme a Jorge.

—Entre los espectros que habitan el jardín, el único que me interesa es tu amigo; él descubrió mi esencia y la ha traducido a una ecuación. Dime, Abdolia, ¿para qué lo quieres? Lo único que hacía era mirarte enternecido y la única vez que se acercó a ti intentó violarte.

Me sorprendió y a la vez me halagó escuchar el tono celoso de un amante. Había deseo en su mirada.

—Quizá quiero que me siga observando con ternura, que me recite sus poemas —contesté desafiante—. Tú no sabes lo que es eso. No conoces el amor humano.

El adolescente no contestó. Durante unos minutos miró al vacío, como pensando.

—Puedes llevártelo —dijo con tono sentencioso.

No contesté. Las sombras crecieron sobre el jardín. Sentí el inexplicable deseo de acariciar el cuerpo desnudo del Rey de los Muertos.

—Hay una condición, Abdolia. Amarraré su cuello al tuyo y caminarás mirando siempre hacia delante. Si te vuelves un solo momento, él regresará a la muerte.

Para unir nuestros cuellos utilizó una leve cadena dorada. Lo miré como esperando algo.

—Recuerda que, si lo observas, el cariño que dices sentir por él será impuro.

Asentí con la cabeza y por un momento tuve deseos de decirle que no amaba a Jorge; que deseaba quedarme a su lado en aquel lugar, pero de hacerlo expondría mis sentimientos y me mostraría vulnerable. Le di la espalda y empecé a caminar.

El jardín había crecido y se alternaban amaneceres con momentos de sombra. Atravesaba bosques que parecían amenazantes, mientras que en otros escuchaba cantar a los pájaros. La calma y la tormenta se sucedían en una extraña sucesión.

Hombres, mujeres, algunos niños vestidos con túnicas blancas cruzaban nuestro camino. Eran espectros, concentrados en sus pequeños universos.

Finalmente vi la casa con las ventanas iluminadas, pero no pude acercarme.

La liviana cuerda parecía arrastrar la nada y yo volvía una y otra vez al mismo lugar, como si caminara en círculos.

Después de muchos esfuerzos, me encontré frente al río. La casa estaba en la otra orilla. Me bastaba atravesar la corriente, sin mirar hacia atrás, para que todo volviera a ser como antes. Imaginé la sorpresa de los familiares de mi amigo; quizá aquella noche hubiera una fiesta. Luego debería enfrentarme a las miradas silenciosas de Jorge, oír sus poemas y sus especulaciones sobre el jardín.

Entonces decidí girar; no por el deseo de saber si marchaba detrás de mí, sino por el tedio y el hastío

que me producía su presencia. Devolver a Jorge a su muerte sería iniciar una vida alejada de su mirada de carnero, de su voz aguda entonando versos a mi belleza.

Frente a mí, su rostro tembló suavemente y se deshizo en un sucio resplandor. Quitó la cadena vacía de mi cuello y me dirigí hacia el río, dispuesta a cruzarlo. En ese momento surgió frente a mí la espalda de Jorge, su traje marrón, sus piernas hundidas en la corriente, sólo que no era un fantasma; su cuerpo se movía con decisión mientras mi propia piel y mi carne perdían consistencia. Sin volverse, agitó en su mano el papel con la fórmula del jardín, que no recordaba haberle entregado. Atravesó la corriente, llegó a la otra orilla y se tendió exhausto en la hierba. Un momento después llegó su tío y lo ayudó a incorporarse. Supe que el anciano sabía todo. Se limitó a sonreír como si pudiera verme y a saludar con un gesto de su mano. Luego abrazó a Jorge, quien había recuperado por completo el color de sus mejillas y la solidez de su cuerpo, y ambos marcharon hacia la casa.

Levanté mis manos y a través de mi carne vi la luz del atardecer. Supe que todo había sido una trampa del adolescente para que volviera con él. Multitud de seres oscuros surgieron de la tierra y me saludaron con reverencias silenciosas; eran los muertos del jardín que reconocían a su soberana. Llegué donde estaban el pájaro y la serpiente; el ave tomaba en su pico al ofidio y lo masticaba con gesto triunfal. El laberinto se había convertido en un valle de sombras. Más allá, junto a

surgiendo su pelambre reluciente, agitada por la brisa y la carrera. ¡Si hasta le parece verlo y escuchar sus ladridos!

Ya está. Se aleja un poco para apreciar el conjunto y se queda conforme. Le ha salido un bonito dibujo, realmente. El sol calentando la arena extensa, las olas tentadoras y su cachorrito juguetón.

—¡Tobías! —lo llama...

Y Tobías mueve su rabo y se agranda de pronto y salta del papel a sus brazos. ¡Es tan hermoso! Alejandro cae de espaldas y el pichicho le lengüetea la cara. Esto ya es demasiado. Tanta felicidad no puede ser posible; al fin tiene su sueño cumplido... Pero... —piensa—, ¿qué dirán mamá y papá? ¿Quién le va a creer que Tobías se salió del dibujo? Le van a decir que lo recogió en la calle, desobedeciendo sus indicaciones. El pequeño está sorprendido pero no asustado; la frontera entre lo posible y lo imposible es muy tenue en la infancia. Lo que sí, está segurísimo de que sus padres no sólo lo van a juzgar como un gran mentiroso sino que, además, no le permitirán conservar a Tobías.

—¿Qué hacemos, Tobías?

—Dibujate vos.

—¿Hablás?

—Si, claro que hablo. Todos los perros hablan. Dibujate vos y listo; así yo puedo volver a la playa y vos podés entrar a jugar conmigo.

Alejandro pone manos a la obra. Si Tobías lo dice... él sabrá... Con probar no pierde nada. Se diseña con una bermuda cómoda, una visera. Y, ya que está, añade más juguetes: una pelota de fútbol, balde, rastrillo, palita y moldes, un tiburón inflable, una tabla de telgopor para barrenar olas... Piensa, piensa... ¿Qué más necesitará en la playa? ¡Claro! Una reposera, un heladero, un vendedor de panchos y gaseosas. ¡Ah! Toallón, ojotas...

—Listo, Tobías. ¿Y ahora?

—Ahora... ¡vamos! ¡Seguime! Hacé lo mismo que yo.

Tobías da un salto, se empequeñece y se vuelve plano. El niño duda un instante, cierra los ojos y se lanza de cabeza hacia sí mismo. De inmediato siente la arena caliente en los pies, el aroma salado y un vientito tenue agitando su cabellera rubia. Da una vuelta carnero y Tobías ladra como loco a su alrededor.

El enorme redondel áureo le regala su sonrisa y guiña un ojo cómplice.

© NANIM REKACZ, 2009.

NANIM REKACZ

(Argentina —Carmen de Patagones, Buenos Aires, 1963—)

Escritora, fotógrafa aficionada y bloguera radicada en el Neuquén (cuando deja de viajar). Sus cuentos con niños tienen una dimensión especial, por lo terrible o lo inocente que trasuntan.

Una de las ciberbitácoras donde explora y despliega sus inquietudes es "Mujer de cuarenta y tantos (¿qué?)" (<http://nanimr.blogspot.com/>).

Alejandrino se tira en la alfombra y mira su dibujo. Es su pasión; puede estar horas cubriendo papeles de colores y de formas, de paisajes y personajes. Suele regalarlos, orgulloso. Aprendió a ponerles la fecha y su nombre al pie, como si fuera un eximio artista. Todos dicen que lo será, que sus cuadros son sumamente expresivos y realistas, que logra imágenes vividas, llenas de contrastes y profundidades. Posee, sin conocimiento académico, la gracia de los puntos de fuga y las sombras.

Elige varios celestes y azules y comienza a delinear las olas, esculpe sus concavidades con violetas, la espuma de puros blancos tiene rebordes brillantes reflejando al fabuloso sol. Luego, arma una paleta de arenas y cremas, algunos marrones, esboza altos médanos, bosqueja la zona húmeda donde las olas lamen la playa y se van. Se detiene y observa, le gustan los detalles mínimos, los ángulos perfilados. Agrega una estrellita de mar, un caracol vacío, unas algas, una sombrilla y, a la distancia, algunos bañistas diminutos. También varios tamariscos para protegerse de los vientos, algo inclinados de tanto intentar resistirse inútilmente. Se parece al Balneario El Cóndor, donde fueron el verano pasado. Para modificar la perspectiva de sus ojos, levanta verticalmente el papel y de la hoja surge tumultuosa una ola que lo moja de pies a cabeza. Se queda paralizado. Y, cuando logra articular palabra, grita: —¡Papá!

—¿Qué pasa, hijo? —contesta don Mario desde el *living*. Está muy concentrado en el fútbol; es un parti-

do importante y no quiere perderse ninguna jugada.

—Nada, pa.

Mejor callarse. Es que Alejandro se pregunta cómo puede explicarle a su padre lo que él mismo no entiende. Recuerda que cuando vino y tocó el sol no se quemó; seguro que pensó que le había mentido y había estado haciendo travesuras con fuego. Y realmente a su papá el amarillo rabioso del astro no le hizo nada. ¿Qué pasará cuando venga y lo vea todo mojado? Lo va a retar, lo mandará a la cama, no lo dejará pintar más; le va a contar a mamá y ella lo va a reprender mañana. Pobre mami, que está tan triste cuidando a la abuela enfermita.

Su ropa huele y sabe a sal. Va hasta el baño, se desviste y lava, se pone el pijama y deja la ropa dentro del lavarropas en el lavadero. Todo en silencio.

Ya en su habitación, acomoda unos almohadones sobre la alfombra húmeda y levanta despacio su marina para comprobar si vuelve a atacarlo el oleaje. Apenas caen unas gotas. Está un poco temeroso de que vuelva a suceder algo extraño, pero decide proseguir su tarea.

Llegó el momento de hacer el perrito. Lo tiene en su mente ya desde hace tiempo; será un cachorro pequeño y travieso, todo blanco y peludito, con una oreja marrón. ¡Cómo desea tener uno! Pero sus papás le han dicho que no; lo que sucede es que viven en un departamento y es imposible. Acomoda sus pinturitas; negro, blanco, gris. Primero lo bosqueja; lo imagina corriendo hacia él, con la colita parada y la lengua afuera. Y así va

una cascada, aguardaba el adolescente, desnudo, blanco, hermoso. Me detuve frente a él y nos miramos fijamente mientras a nuestro alrededor los espectros se adelgazaban y se convertían en barro. Tan sólo existían nuestros ojos, nuestras miradas descubriéndose.

La tierra, las plantas, los canteros se hundieron en torno a nosotros. El mundo como lo conocíamos terminó. Los hombres desaparecieron y fueron reemplazados por gigantescas cucarachas, pero el Rey de los Muertos y yo seguíamos pendientes el uno del otro.

La naturaleza se rebeló hasta quedar exhausta. Las aguas se unieron a la tierra y la luz a la sombra.

Monstruos vaporosos se convirtieron primero en libélulas y luego en cenizas. Tan sólo nuestros ojos flotaban en la nada.

Un amanecer, el jardín se formó lentamente y nosotros fuimos un leve recodo en el laberinto. Un joven y una joven caminaron a nuestro alrededor, buscando la explicación de algunos fenómenos. La nostalgia mordió mi carne de espectro al escuchar las palabras del muchacho.

“Si puedo encerrar el jardín en una ecuación, lograré hacer lo mismo con la vida y cuando muera, regresaré...”.

© RICARDO IRIBARREN, 2009.

RICARDO IRIBARREN
(Argentina —Mar del Plata, Buenos Aires, 1949—)

Actualmente reside en Villavicencio, Colombia. Sus principales publicaciones en papel son *El ángel y las cucarachas* (Mérida —Venezuela—, 2006) y *La vida está aquí. Seis ensayos y siete leyendas sudamericanas* (Abya Yala, Buenos Aires, 1992). La mayor parte de su obra se encuentra inédita, aunque ha publicado cuentos en las revistas **Remolinos**, **Axolotl**, **Letralia** y **Ciberayllu**.

LA HORA DE LA HINCHADA

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

El primer golpe quiebra el antebrazo y el cuchillo se pierde entre el barro y los charcos. Tira de la cadena para zafarla del brazo y el grito de dolor se impone al de la lluvia. Vuelve a descargar el látigo de acero, dos veces, en la cabeza y en la espalda. El grito se interrumpe a la primera.

Las nubes oscurecían los rostros. A medida que trepaba por los escalones de cemento de la tribuna norte podía descubrir el momento exacto en que lo iban reconociendo. Algunos bajaban la vista. Otros, los menos, saludaban con algún gesto. Todos, invariablemente, se apartaban (algo imposible en la teoría, por el tumulto de gente) para dejarle paso. Y se sumaban al murmullo que crecía, rítmico: “Co-ro-nel... Co-ro-nel...”.

Sonrió. Nunca podía dejar de hacerlo. Un espectador, en el camino de aquella sonrisa, la devolvió. Le rompió la nariz de un codazo.

Cuando llegó al sector de la hinchada, el murmullo se había convertido en un canto que corría de punta a punta. Se ubicó en su lugar y esperó a que el séquito que lo había seguido en

la ascensión se ubicara detrás y en ambos lados. Entonces miró.

No estaba. El juego de aspirantes terminaba y él no había llegado.

—Hijo de puta —murmuró.

Acababa de cerrar la boca cuando notó el movimiento, la gente que se abría.

—Salteeeeeño... Salteeeeeño... —era el canto ahora.

Divisó el cuerpo menudo, el rostro flaco y ojoso, y apenas controló su furia: había estado esperando para llegar más tarde que él. El idiota se daba importancia.

El Salteño pasó a su lado y lo saludó con un movimiento de cabeza. Coronel no se molestó en devolver el saludo a un muerto.

Molesto por la demora, Coronel pisa la cabeza contra el agua sucia que hierve de lluvia. Parado ahí encima, levanta los ojos y busca, entre los centenares de cuerpos ennegrecidos y chorreantes que se arremolinan a su alrededor.

Cuando todos los seguidores del Salteño se ubicaron, el juego de aspiran-

QUIEN CREE, CREA

NANIM REKACZ

—¡Papá, papá! ¡El sol me quemó!

El niño corre hacia él con el dedo índice de su manita en alto. Su padre se agacha, observa el dedito que aparece enrojecido y de inmediato lo lleva al baño y se lo coloca bajo el chorro de agua fría. Alejandro finalmente deja de sollozar y patalear.

—¿Con qué te quemaste, hijito?

—Con el sol, pa.

—¿Con el sol? Pero si es de noche y, además, ¿cómo te vas a quemar el dedo con el sol?

—Pa, yo estaba dibujando con los crayones, hice un cielo con nubes y un sol grandote. Lo pinté con el amarillo y, cuando lo fui a tocar, el sol me quemó el dedo, pa.

Alejandro habla con seriedad, sin titubear. Van juntos hasta su cuarto y en el piso, donde más le gusta estar al niño, están desparramadas muchas hojas de papel —algunas dibujadas, otras en blanco—, pinturitas, crayones, lápices. El pequeño señala un enorme sol sonriente, pintado de dorado fosforescente, que estira rayos lineales y enortijados por entre las nubes.

—Fíjate, papá, el amarillo quemó.

—A ver... —dice don Mario, como para darle el gusto, nomás.

Ante la mirada expectante de su hijo, pone la mano sobre el sol y nada le sucede. Sólo parece oscurecerse un poco la habitación, pero lo adjudica a una mera ilusión óptica.

—Quedate tranquilo, hijito, ya no quema —le sigue la corriente—. ¿No tocaste otra cosa? ¿El calefactor? ¿Un fósforo? ¿No habrás estado jugando con mi encendedor? —indaga, por si acaso.

—No, pa. Yo sólo toqué el amarillo del sol, te juro.

—¿Vas a seguir pintando? —Mejor no insistir; sabe que no logrará que cambie su mentirita.

—Sí, pa. Quiero dibujar el mar, una playa y un perrito corriendo.

—Bueno, yo voy a seguir mirando el partido; cualquier cosa me llamás. Y ojito, nada de jugar con fuego; ya sabés que es peligroso. Si no mamá, cuando vuelva de lo de la abuela, se va a enojar mucho.

Unas recordaban a esbeltas bailarinas cadavéricas y reptaban sinuosas como serpientes. Otras eran burdas y gordas. Se movían de manera grotescas, como las arañas. Las había pequeñas como una mano deforme y huesuda, y otras gigantes como un álamo espigado. Sus caras eran aterradoras; muecas infames, irregulares sus facciones, parecían el dibujo tosco de una pesadilla. Algunas habían seguido a Laura desde el pasillo, y seguían colándose más por debajo de la puerta de entrada, donde antes había visto sólo un par de ellas... Ahora eran decenas que se

deslizaban por la ranura como una marea de chapapote. Trepaban por las paredes, reptaban por el suelo y el techo; se agazapaban tras el armario y colgaban del quicio de la puerta, esperando abalanzarse sobre alguien y engullirlo mientras susurraban su nombre con aquellas voces a las que ahora podía ponerles cara. Laura lanzó un grito aterrador mientras sentía cómo las sombras la engullían también a ella, hasta hacerla desaparecer como habían hecho con su hermano.

© CARMEN POMBERO, 2010.

CARMEN POMBERO
(España —Sevilla, 1973—)

Quinta de siete hermanos, se crió en el seno de una familia rodeada de inquietudes artísticas. Motivada por su padre, inició estudios musicales que abandonó a los catorce años para comenzar su carrera como actriz. En el año 2000 decidió montar su propia compañía y creó el espectáculo musical "Vanidades", con muy buenas críticas. En 2001, decidió trasladarse a Madrid para entrar en el medio audiovisual. A partir de ese momento empezó una carrera como dramaturga plagada de premios ("María Teresa León" para Autoras Dramáticas, "Romero Esteo" para Jóvenes Autores Andaluces, Premio Internacional "Rafael Guerrero" de Teatro Mínimo y el Premio "Martín Recuerda" al Mejor Autor Andaluz. Como guionista escribió numerosas series de éxito como "Hospital Central", "Mujeres" o "Sin tetas no hay Paraíso" y las miniseries de "Paquirri" y "La Duquesa".

Tiene una decena de obras teatrales publicadas en solitario y en antologías y algunos cuentos en revistas como **El País Dominical**, **La Diagonal** o **La Ratonera**. Su obra dramática es objeto de estudio en los Estados Unidos de América, México, Francia y la Argentina, países en los que también se la publica y se la estrena con asiduidad.

Compagina su labor como guionista y dramaturga con su afición por la literatura fantástica. Colabora con la web www.sikoydenee.com (gremio de escritores de literatura fantástica) con relatos y críticas literarias, estas últimas las firma bajo el seudónimo Laudine. Tiene escritas dos novelas fantásticas para niños sin publicar y participa en talleres de creación literaria de género. Actualmente se encuentra desarrollando varios proyectos de series televisivas de terror y ciencia ficción.

tes ya había terminado. Apartó la mirada de la cancha y lo espió de reojo. Era tan insignificante. Una nada. Ni San Diego hubiera sabido qué veían en él para seguirlo.

Mientras lo miraba, el Salteño empezó a cantar. Coronel reprimió la carcajada que le causaba aquella vocetita.

Sin explicación, como siempre, la tribuna fue dejando de a poco sus cantos parciales y se sumó bajo su batuta. Al otro lado de la cancha, la tribuna sur se silenció un momento antes de retrucar con otro cántico.

Lo miró fijo un rato, esperando. El Salteño siguió gritando con fervor, los ojos apuntando al campo de juego ahora vacío. Sin miradas de alarde, sin gestos que pudieran leerse como provocación y justificasen un ataque.

Lo dejó disfrutar un momento y, aún con la vista fija, dejó salir su voz gutural con un canto distinto al que llevaba toda la tribuna. Sus partidarios lo imitaron sin demora.

El Salteño lo miró, asintió y empezó a seguirlo, lo mismo que toda la tribuna. Nada más. Ninguna demostración de resentimiento. Siempre cortés.

Pero a Coronel no lo engañaba. Nadie llegaba a ese lugar en la hinchada sin pisotear cabezas.

Un caño le pega en el hombro pero resbala por la piel mojada. Instintivamente, descarga un codazo en el mismo sentido y el enemigo tambalea y cae al barro. Coronel salta y descarga los tacones de los borceguies sobre la espalda. Los huesos crujen, los músculos se tensan y aflojan.

De espaldas a la cancha —como correspondía— y sin dejar de saltar y

cantar, giró la cabeza y miró: los jugadores ya estaban de pie en medio del polvo y los papelitos azules y rojos, esperando. El jugador de negro apareció desde un costado con la pelota.

Volvió la vista a la tribuna y comenzó otro canto. La hinchada respondió enfervorizada. En ese momento, el portaestandarte desenvolvió la bandera azul que envolvía su cuerpo y la mostró con los brazos extendidos.

La estructura de cemento tembló bajo sus pies: el de negro debía de haber pateado la pelota al aire para empezar el juego. Se permitió ver el comienzo: el choque de cuerpos fue tal que, pasado un minuto, nadie había tocado aún la pelota. El 6 del Norte le pegó al 9 del Sur en la cara y corrió hacia la pelota para patearla. Una rodilla en el estómago lo frenó en seco, pero de algún modo logró empujar la pelota desde el piso y hacerla rodar hacia el campo contrario.

Coronel miró a sus seguidores y empezó otro canto eufórico. Leyendo las expresiones de los que gritaban frente a él mirando el juego, imaginó a los jugadores corriendo hacia la pelota, repartiendo codazos y patadas. Algunos cayendo. Un sureño, quizá el 11, llegaba primero a despejar pero el 2 norteño saltó a la carrera con los pies hacia adelante y lo alcanzó en el pecho. El 1 norteño empujó la pelota hacia el arco enemigo. Uno a cero.

Encaramado en dos cuerpos tiene más equilibrio que en uno y puede mirar en todas las direcciones. Lo ve peleando varios cuerpos adelante.

Con un cadenazo aparta a un luchador del camino y empieza a avanzar.

El trueno fue el primer augurio de mala suerte.

Los sureños pegaban más. Cada vez que retiraban a un lesionado, sabía —por las caras de la tribuna— que era uno de los suyos. No podía pasar mucho tiempo hasta que el jugador negro volcara su favoritismo y ayudara a los que mejor jugaban.

La lluvia torrencial no vino para ayudar. Al terminar el primer tiempo, el Sur ya iba ganando 3 a 1 y tenía todavía seis jugadores para recambio, mientras que ellos ya tenían el banco de suplentes vacío. Cualquier jugador lesionado en el segundo tiempo sería un jugador de menos en la cancha.

Coronel esperó a que se retirara el último jugador y dejó de cantar. Casi enseguida escuchó la vocecita del Salteño, que tomaba las riendas de la hinchada. Lo miró y con la cabeza le hizo saber que estaba bien.

El Salteño se cuidó de sonreír frente a aquel gesto inútil.

Deja atrás un tumulto y vuelve a descubrir la figura con la sevillana en mano. Se está enfrentando al portaes-tandarte de la hinchada sureña. La ira lo abandona por un momento y se permite una sonrisa, los dientes embarrados. Basta verlos —el cuerpo enjuto girando frente a la mole envuelta en los colores sureños— para comprender que no hay más que un resultado posible.

El agua caía en cataratas por los escalones de la tribuna. El juego ya había terminado —el segundo tiempo

peor que el primero— y ahora le tocaba a ellos demostrar lo que era ser del Norte. Coronel dejó que el Salteño gobernara el canto por un momento. Rebuscó en su chaqueta militar y encontró la pastilla. Verificó que fuera otra T y la tragó.

La sangre manaba del cuerpo equivocado: el rojo de la bandera sureña se manchaba de rojo oscuro mientras el Salteño pasaba la sevillana de una mano a la otra, impidiendo adivinar el sentido del próximo ataque.

Coronel recuperó la sonrisa: esa estrategia le daba la posibilidad al portaes-tandarte sureño de atacar mientras estuviera haciendo el cambio.

El sureño escuchó su deseo y atacó cuando la navaja estaba en el aire. El Salteño esperaba el movimiento: manoteó rápido la sevillana, escurrió el cuerpo haciendo pasar de largo al atacante y lo empujó desde atrás. El portaes-tandarte sureño cayó de frente al barro. El Salteño saltó encima y lo acuchilló ocho veces y después dos más. Entonces levantó la vista, vio a Coronel y, por primera vez en el día, le sonrió.

La pastilla hace efecto. Coronel agita los brazos, efervescente, y ruge. La tribuna entera ruge con él. Desenrosca la cadena de su cintura y empuja a revolearla por sobre su cabeza mientras guía a la hinchada hacia el campo de juego.

Es la hora de la hinchada.

© HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, 2010.

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

Internacionalmente reconocido, en **NM 4** publicó “La araña tiene patas cortas”, 2° accésit en el I Premio Internacional de las Revistas Electrónicas.

dejarlo en la cuna. Si lo cogía, se despertaría y se pondría a llorar. Decidió dejarlo en la cuna. Eso del armario era una exageración y hasta una excentricidad. Regresó al pasillo. De puntillas se acercó a la puerta y miró por la mirilla a cierta distancia, para que su ojo no se viese al otro lado. Allí no había nadie. Se apartó y miró al suelo. Las dos sombras seguían allí, tras la puerta.

Después de las voces y los soplidos, empezaron los tirones. Alguien o algo la tiraba del bolso, de la manga de la camisa; del pelo, incluso. Pero cuando se giraba, allí no había nadie. En una ocasión, estaba a punto de cruzar la calle cuando sintió un tirón del bolso tan fuerte que casi cae de espaldas. Una de aquellas voces le dijo con convicción “Laura”, como si la reprendiera. Ella se había girado, como siempre y, también como siempre, no encontró a nadie. Ni detrás, ni delante, ni al lado. Ni a varios kilómetros a la redonda. Era verano, a las cuatro de la tarde en Sevilla, a cincuenta grados bajo el sol. Nadie sale a esas horas allí, a no ser porque vaya al médico, como era su caso...

Laura no entendía nada y se quiso asegurar una última vez. Pegó el ojo a la mirilla. Seguía sin haber nadie y sin embargo... las sombras estaban allí, dibujadas en el suelo. Lucas lloró.

“Mierda”, se dijo en un susurro.

Sintió un ligero soplido en la nuca y luego otro en la coronilla. Justo cuando iba a mirar hacia arriba, Lucas dejó de llorar repentinamente.

—Eres una miedica. Por la noche siempre hay sombras —se dijo

en voz alta mientras iba a ver cómo estaba Lucas. Aunque ya hubiese dejado de llorar, seguro que se habría desarropado.

Por vergüenza, timidez o inseguridad, no había hablado de esto con nadie. Pero llevaba un par de días pensando si este suceso no le estaría ocurriendo a otros. Desde que esa idea se cruzó por su mente, había empezado a fijarse más en las personas y a tratar de vislumbrar alguna señal mínima: un toqueteo en sus nuca como si un roce les incomodase; un giro a sus espaldas inesperado; un aferrarse al bolso de improviso... Y había podido comprobar que, efectivamente, esos ademanes eran mucho más frecuentes de lo que habría esperado, lo que daba muestras de que no era la única en aquellas circunstancias. ¿Tal vez las voces también asediaban a otros? Incluso su hermano a veces se había tocado detrás de la oreja, como si algo le molestase. Ella le había preguntado:

—¿Te están soplando, Lucas?
¿O es que alguien te dice algo?

Pero su hermano, por toda respuesta, había balbuceado su nombre “Luca, Luca...”. ¿Qué significaba? ¿También él oía que le susurraban su nombre?

Cuando entró otra vez en el dormitorio del niño, su hermano ya no estaba en la cuna. Miró a un lado y a otro buscándolo, pero lo único que vio fueron sombras... Primero una decena... Pronto, fueron muchas más. Se colaban en la habitación por la ranura de la ventana y bajo ellas todo iba desapareciendo. Tenían formas monstruosas y amenazadoras.

LOS SUSURRANTES

CARMEN POMBERO

A Laura no le hacía ni pizca de gracia que sus padres se hubiesen ido al cine dejándola sola a cargo de su hermano Lucas. No desde que había empezado a suceder aquello había sólo un mes. Al principio pensó que era cosa de su imaginación. Una voz que salía de su cabeza. Aunque en los últimos días había cobrado fuerza la hipótesis de que la voz, o voces, más bien, no eran producto de su fantasía. Realmente oía que le susurraban al oído su nombre en un escalofriante: "Laura". El susurro no siempre tenía el mismo registro ni igual tono, como si fuesen muchas las voces que se turnaban para martirlizarla. O una sola, que cambiaba de modo aterrador las inflexiones...

Laura aún no estaba dormida cuando escuchó unos susurros tras la puerta de entrada. Miró el reloj. Las once. Sus padres cenarían con unos amigos después del cine, de modo que todavía le quedaba mucha noche por delante. Se dio ánimos a sí

misma. Era una chica de dieciséis años; se suponía que ya no tenía miedo. Se levantó de la cama. Descalza y sin hacer ningún ruido, se acercó a la puerta. Por la ranura que quedaba entre el suelo y ésta vio una sombra, aunque enseguida le parecieron dos. Se echó hacia atrás asustada y decidió asegurarse de que Lucas estaba bien.

Algunas veces, ese susurro había ido acompañado de un soplo que acariciaba su cuello y levantaba con osadía los pelillos más rubios de su nuca. Se lo contó a su madre. Lo de las voces no. Eso le daba vergüenza. Se limitó a referirle lo del soplo en la nuca. Su madre se había reído: "¿Un soplo? Ah, sí... Debe ser ése que llaman el aliento del diablo. Cuando lo sientes, es que te acecha el mal". Y había seguido con el guiso en un carcajeo que a su hija le resultó bastante insultante...

En la habitación, su hermano dormía. No sabía si cogerlo en brazos y esconderse con él en el armario o

CONVERSACIÓN EN LA CALLE

JUDITH SHAPIRO

Entre desconocidos, las conversaciones que se tienen son siempre pasajeras, momentáneas, sin mayor importancia; la función canal del lenguaje que le dicen. Charlas ligeras sobre el clima, sobre eventos recientes de público conocimiento, sobre famosos, alguna que otra anécdota; todo de fácil digestión.

Esta historia empieza con un caso especial en una ciudad costera del río Paraná; mes de febrero, pleno verano. Durante quince días viven bañados en agua, días enteros de lluvia, de lluvia de todos los tipos; gotas finas, gotas gruesas, lluvia ancha, pesada o casi imperceptible, pero nunca no-lluvia. Dos personas cualesquiera se encuentran en San Lorenzo entre Oroño y Alvear, en una placita al lado de un teatro. El paisaje circundante es pura humedad, paraguas y autos que pasan por la calle chapoteando.

—¡Doctora, doctora!

—¿Sí?

—¿Tendría cambio de cien? Disculpe que la moleste y, por favor, no se deje llevar por mi apariencia; no

quiero hacerle pasar ningún gato por liebre.

—No, no tengo.

—¿Seguro que no? Es una lástima... ¡Espere! ¡Espere! Sucede que creo ser vecino suyo y estando en estos apuros...

—¿Vecino? ¿Usted? ¿Dónde vive?

—¿Ve esos árboles? Bueno, al fondo. Es una casa de pasillo. Usted es la doctora de la otra cuadra; la consulté varias veces por mi pie de atleta, ¿se acuerda? Y la vi pasar y pensé que tal vez...

—¡Con razón! Usted es ese periodista. De ahí me sonaba conocido. Perdón, es que con una mirada de arriba abajo, mientras busca la palabra adecuada para calificar el aspecto del hombre... la barba.... A ver, déjeme buscar.

—Se lo agradezco mucho. ¿Cómo está, doctora? ¿Sigue bien el consultorio?

—Sí, bien, mucho trabajo, pero para eso estoy... ¿Usted? ¿Qué hace acá en la plaza con la lluvia que hay? ¿Investiga algo?

—Bueno, podría decirse eso. Tuve... algunos problemas en casa. Es que, bueno, la puerta. ¿Quién se hubiera imaginado que una puerta podía ponerse así, que uno iba a volver de la oficina y ya no podría entrar a su casa?

—¿Eso le pasó? ¡Llame a un cerrajero! No es para quedarse acongojado abajo de la lluvia...

—No es tan fácil, porque particularmente la cerradura no tiene nada que ver. Y en definitiva es mejor no intervenir.

—Y si no es la cerradura, ¿qué pasa?

—Un brote, eso pasa, una puerta brotada. Algo de previsión podría haber tenido, pero uno tiene siempre tanta confianza en el futuro...

—¿Una puerta brotada? No entiendo, ¿es algo de... la herrería? —No me puede estar hablando de psicosis, de un sarpuillido..., piensa la doctora—. ¿Y por qué no se va a un bar, un hotel, mientras llueve? Se queda en un lugar seco y cómodo mientras busca una solución... ¿No tiene algún familiar o amigo que pueda hospedarlo un par de horas?

—Sí, eso no es problema; es sólo que no quiero. He intentado irme, concentrarme en la vida diaria, en los escritos, los artículos, ¡pero no me diga que un acontecimiento así no le ocuparía la cabeza a cualquier que le pasara!

—¿Acontecimiento así? ¿Pero qué le está pasando, señor? Se puede enfermar si se queda mucho tiempo así.

—No, no, tampoco es problema. Déjeme que le explique. La vista de esa belleza —dijo, con un brazo extendido en dirección a la puerta—,

de ese conglomerado de vida en continuo cambio y movimiento, limpia cualquier malestar que pudiera atormentarlo a uno, hace olvidar hasta el más pesado de los pesares.

—¡Y, hay que admitirlo! Tiene buena mano con las plantas.

—Se lo agradezco mucho. Sin embargo no es obra mía. Lo más que pude hacer crecer en mi vida fue un romero en una macetita...

—¿Entonces por qué tiene todas esas plantas ahí? ¿Cómo se le puso así la puerta? ¿Pasó mucho tiempo fuera de su casa? ¿Se fue de vacaciones y encontró que algún gracioso le había hecho eso?

—Disculpeme, esto no lo podría haber hecho ningún gracioso. Esto es obra de la fuerza más grande de todas, de la más noble, de la Naturaleza.

"Empezó con el verano y, como siempre que no fumigan la isla y las temperaturas de calor sofocante empiezan antes de la fecha oficial del verano, se me llenó el patio de mosquitos. Mire que tengo un patio chico, de baldosas; no tiene ni siquiera la maceta de romero, que está en la ventana del comedor... Y, yo no sé por qué, parece gustarles a los mosquitos, además de los lugares de público conocimiento (jardines, pastos, agua sucia), la puerta de calle para buscar víctimas: un lugar de paso, con mucha circulación. Tenía una nube de alrededor de cincuenta mosquitos instalados en casa y dando vueltas cada vez que alguien usaba la puerta.

"En definitiva uno puede acostumbrarse.

locidad. Al llegar al hotel, Mercedes no le comentó nada a nadie sobre su experiencia en el famoso Triángulo de las Bermudas. ¡A ver si

estos otros también se daban cuenta!

© GABRIELA VILLANO, 2009.

GABRIELA VILLANO
(Argentina —Buenos Aires—)

Escritora y narradora oral, traductora e intérprete de inglés, coordinadora de talleres de escritura de cuentos. En el área literaria, se formó con ANGÉLICA GORODISCHER, ALBERTO LAISECA y con ALICIA ZORRILLA, miembro de la Academia Argentina de Letras.

En la década de los ochenta, publicó relatos en las revistas argentinas de ciencia ficción y fantasía **Vórtice**, **Potencial**, **Cuásar**, **Sinergia** y **Galileo**, y en **Nadir** (Chile). Editó una novela de ciencia ficción, *De ángeles y predicadores* (1993) y, en otros géneros, dos cuentos en una antología del concurso literario organizado por la Editorial Guardacostas en 1997 y los libros *Las aventuras del Globo Rojo* (2005), *El exterminador de cuentos* (2006) y *Las aventuras de la Globa Rosa* (2009). Sus relatos premiados en España fueron publicados en los libros *Polen para fecundar manantiales* y *La tinta veloz del ciempiés* (Madrid-México, 2008).

Fue distinguida con un Premio Especial de Cuento Hiperbreve en el Concurso Internacional de Microficción "Garzón Céspedes 2007", fallado en España. Obtuvo un Premio Extraordinario de Cuento de Nunca Acabar en el Concurso Internacional de Microtextos "Garzón Céspedes 2008" (Madrid-México). Estos relatos premiados están incluidos en la Muestra Itinerante de Literatura "Contar con el mundo", organizada por la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE), que se presenta en espacios culturales de la Argentina y España.

En 2007 creó el portal interactivo sobre Literatura y Narración Oral "Los cuentos del Villano" (<http://loscuentosdelvillano.blogspot.com>), que administra desde entonces. En 2008-2009 coordinó talleres de escritura de cuentos en el Centro Cultural de La Manzana de las Luces, que depende de la Secretaría de Cultura de la Nación Argentina. Y sigue insistiendo con su bendita manía de contar historias.

Alfredo J. Grassi
Adrián Rosé
Fernando J. Ramos
Mabel Paz
Carlos Gil
Fabián Juárez
Susana Rodríguez Tuegols
Mario César Carper
Jorge Claudio Morhain
Adolfo Pérez Zelazchi
Alberto S. Vallini
Eduardo J. Carletti
Armando S. Fernández
Gabriel de los Santos
Rafael Montalván
Javier S. Rana
Nora J. Rodríguez
María Genajoli
Eugenio J. Zappietto
Hernán Dominguez Nino
Marcelo Vicente
Augusto Scheimberg
Martín Cogiani
Norberto Rodríguez Van Rousset
Pablo Hariztoy
Alfredo Ernesto Grassi
Alejandra Alonso
Christian Vallini Lawman
Héctor R. Pessina
Samuel Guzmán

Juan Manuel Vallitutti
Meriano Bustaglia
Miguel Bordini
Rodolfo Bellini
Carlos Daniel J. Vázquez
Gustavo Campanelli
Carlos Häussermann
Laura Ponce
Carlos M. Federici
Héctor Otero
Omar G. Barsotti
Francisco Baltzer
Carlos Sienne
Adrián H. Triscion
Ariel Berger
Gonzalo Bravo
Maximiliano Mariotti
Eduardo A. Sánchez
Santiago Oviedo
Carlos Penas
Javier Hildebrandt
Lila Cantarelli
Carlos Ramirez
Carolina A. Ferrari
Diego Martínez
Oscar Giménez
Adriana Cantero
Adrián N. Escudero
Leonardo Wode
Carmen Hebe Tanco

Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES ARGEOS

ron, como en una catarata, todas las películas que había visto sobre raptos de extraterrestres, experimentos aberrantes con agujas y taladros, torturas, violaciones y embarazos intergalácticos.

Los cuatro seres se llevaron las manos a las sienes con expresión de malestar, como si les doliera la cabeza.

—Cálmese —le dijo uno—. No le va a pasar nada malo. Venimos en misión de paz.

Lo más raro de todo fue que el alienígena no pronunció estas palabras. Se las dijo en la mente a Merceditas, sin necesidad de hablar. Ahí sí que ella se quedó congelada, sin poder decir, ni pensar, una palabra. Los visitantes suspiraron como aliviados.

—¡Adelante! —pensó uno de ellos.

Los humanoides, a pesar de los forcejeos y chillidos de Merceditas, la tomaron por las cuatro extremidades y la embutieron a presión dentro de un enorme receptáculo ovoide y transparente que se descolgó del techo.

—Se inicia el análisis de compatibilidad del espécimen terrícola.

La frase retumbó en la cabeza de Merceditas, que pataleaba a más no poder en el tanque. Una luz rara la comenzó a recorrer desde la coronilla.

—¡Caramba! —exclamó la voz de pronto—. Extensiones capilares ajenas al espécimen. Prótesis fijas de cerámica en la cavidad bucal. Rastros de implantes de colágeno y de oro en el rostro.

“¡Ay, me descubrieron el *lifting* y los hilos reafirmantes!”, se angustió

Merceditas. “¡Pero en la clínica me juraron que nadie se iba a dar cuenta de los retoques! ¿Notarán la lipoaspiración del cuello para abajo?”, se aterró. Debía escapar de allí cuanto antes. Comenzó a darle puñetazos al receptáculo con todas sus fuerzas.

—Presencia de toxina botulínica en la frente y en las órbitas oculares. ¡Especimen intoxicado!

—Bueno, todo el mundo tiene derecho a un “bótox” de vez en cuando, che —se enojó nuestra heroína, sin dejar de patear el tanque.

—¡Silencio, espécimen! Prótesis con siliconas en el tórax y en los glúteos —seguía informando la voz despiadada.

—¡Y qué quieren, si mi marido me dejó por una de veinte! —gritó Merceditas mientras sacudía el receptáculo con fuerza.

—Hagan callar al espécimen. Rastros de calcio y hormonas sintéticas en el torrente sanguíneo.

—¡Sí, estoy en la menopausia, y qué! —aulló, aporreando concienzudamente las paredes del óvalo.

—¡Pero esto no es un terrícola, es un androide! —exclamó la voz dentro de la cabeza de Merceditas—. Nos equivocamos, muchachos. Hay que despacharla y buscar un ser humano de verdad.

El tanque ovalado se abrió de golpe. Merceditas cayó despatarrada sobre el suelo frío de metal. La luz cegadora apareció y la envolvió.

Cuando abrió los ojos, se encontró otra vez en el botecito, a solas en un mar tranquilo como antes. A las corridas, prendió el motor fuera de borda y enfiló hacia tierra a toda ve-

—¿A esa cantidad de mosquitos?

—Se puede, se puede; con mucha voluntad se puede. Uno se acostumbra. Después vino la lluvia. Y ya vio que vivimos en una zona muy fértil de tierra renegrida, donde, además de poder cultivar casi cualquier alimento que uno se proponga, la vegetación silvestre crece vigorosa y verde.

—Sí, vi...

—Primero era nada más que una llovizna. Todo el mundo seguía con su rutina y yo también. Seguía saliendo a trabajar a la mañana; volviendo a la tarde... Pero, sin embargo, a pesar de todo, alguien sí cambió su rutina. A lo mejor podría haber pasado inadvertida en el día a día para cualquier otra persona; un manchoncito verde se le mimetiza con facilidad a una ojeada apurada, pero no fue el caso. Una langosta grande y verde se posó en uno de los rizos del engarce de la puerta; para mí fue una gran satisfacción: un reposo para la vista, algo distinto a la angustia gris de los zumbidos y las alitas y la, la... la picazón. Fue la esperanza en la vuelta de la oficina, un poco de alivio a la misión de tener que pasar entre los mosquitos.

—Se ve que no le gustan los mosquitos...

—Sí, es una alergia de infancia. Una mañana (la tercera, creo) me levanté temprano como todos los días de semana, tomé el café, me vestí y salí. Y, antes de abrir la puerta —las manos gesticulando, como si estuvieran sosteniendo un bollito de papel entre los dedos—, otro compañero, otro adversario de los mosquitos. Una libélula chiquita y roja.

—Cualquier insecto nuevo le venía bien, ¿verdad?

—Qué curioso que lo note; era así, de hecho. Aunque con tanta proliferación empezaba a formarse un ecosistema. Y todavía no sabía lo que me esperaba. Nadie en este mundo es capaz de prever los ases en la manga que tiene la Naturaleza; mucho menos las leyes de la razón.

“Este tercer día, la llovizna seguía. Todo estaba pegajoso, todo chorreaba; se derretía en una capa de motas de agua sobre los escalones, las barandas, las paredes, las mesas, las sillas. Dadas las condiciones, cualquier insecto iba a buscar un refugio un poco más protegido y firme que el usual; al pasear por los parques la imagen que se repetía era la tensión superficial del agua combándose por sobre todas las demás superficies. Gracias al agua, mi puerta comenzó a poblarse de vida.

—Caballero, perdone, pero se está jactando de tener una invasión en la puerta de su casa. Es un peligro para todos.

—No, no, le aseguro que no. Excepto por los mosquitos, los demás eran inofensivos. Déjeme que siga.

“Entonces, el picaporte empezó a gotear. Primero, alguna que otra gota; después, un hilito continuo.

“Ahí fue que la escena, la composición, comenzó a arruinarse.

“Cada vez que entraba y salía, la tierra de mis zapatos, zapatillas, sandalias, ojotas, las pantuflas y los mocasines, se mezclaba con el charco del escalón de entrada y se esparcía por el piso con una facilidad y una velocidad admirable.

"Y el polen vuela, usted sabrá (igual que los mosquitos y las libélulas; las langostas, en cambio, saltan). Entre el agua, el barro y el polen, la Naturaleza obró sus artilugios: ¡esa cosa viva que ve desde acá comenzó a germinar!

—¿Por culpa de la humedad? Es la primera vez que escucho de algo así en la ciudad y en mi vida... ¿Por qué no limpió antes de que se complicara tanto?

—Disculpe, no quisiera parecer maleducado, pero sinceramente creo que no hay manera de que el sentido común pueda aplicarse a este tipo de situaciones *fuera* de lo común. Ya demasiado ultrajamos a la Naturaleza, como para que por mero capricho se le destruya tan sublime intento de salir de la rutina. ¡El delicado equilibrio de esa puerta, del ecosistema de esa puerta, no puede ser desestabilizado por un mero capricho estético!

—No se enoje; solamente le dije porque le hubiera ahorrado muchos inconvenientes.

—No me entiende, doctora. Cuando uno es tan torpe, cuando uno tiene tan poco tacto con las plantas que con acercar la cara basta para que se marchite la flor más fresca, que la puerta se le brote significa mucho...

—Es un punto de vista extraño.

—No tanto. Debe ser que usted no sufre el problema.

—Podría ser...

—Volvamos al tema.

"Primero creció un solo yuyito. Yo tenía mucho cuidado de no pisarlo, ¡lo que podía pasarle! Después salió otro. Y después otro. Al final del cuarto día tenía un felpudo natu-

ral de bienvenida. Formidable velocidad, ¿no es cierto?

"Soñé esa noche. —Risa y sonrisas de ensueño—. Soñé, soñé que me levantaba de la cama,

"abría la puerta de calle,

"y cuando daba un paso hacia el escalón brotado,

"y apoyaba el pie,

"aparecía de pronto en una colina verde y fértil, bajo el sol radiante y el cielo despejado de punta a punta, y que con cada paso que daba crecía una gigantesca vegetación de todos colores que llegaba hasta el cielo.

"Al levantarme de verdad y salir a trabajar de verdad, dándome golpes en el cuerpo para matar a aquellos mosquitos que se atrevían a acercarse, me encontré —todavía me río— un decorado de enredaderas sobre las paredes de los lados de la puerta, con flores y hojas, tengo que decirlo, muy verdes y muy tiernas; la envidia de cualquier vecina ama de casa que satisface demás carencias de su vida cultivando el jardín con productos y líquidos estrambóticos y pestilentes... Disculpe, no quiero ofenderla.

—No se preocupe, no me siento aludida.

—El pasillo se había convertido en un túnel acolchonado en el que al final se veía la hoja de la puerta todavía intacta. Una belleza.

"Mi asombro era grande, pero como los vecinos de la cuadra que cruzaba me entregaban sus felicitaciones por el hermoso y delicado arreglo que le había hecho al marco de la puerta, no me preocupé por solucionarlo, tan orgulloso me sentía. Así sobrepasé el punto de no

MERCEDITAS EN BERMUDAS

GABRIELA VILLANO

Un buen día, cansada de luchar contra el estrés y de perder siempre la batalla, Merceditas decidió irse de vacaciones a las Bermudas. Una compañera del club de golf le recomendó una agencia de viajes. Otra conocida con la que hacía Pilates le sugirió otra empresa, pero, al final, nuestra amiga sólo consiguió una plaza en un *tour* de jubilados.

Al tercer día en Bermudas, Merceditas estaba harta. No se sentía a gusto con sus acompañantes, que eran un brutal recordatorio de lo que a ella le esperaba dentro de un par de lustros. Ni siquiera el bombón del coordinador del grupo lograba levantarle un poco el ánimo. Así que decidió alquilar un botecito e irse sola de excursión al famoso Triángulo de las Bermudas.

El día amaneció glorioso. Cuando no pudo divisar tierra por ningún lado, Merceditas apagó el motor fuera de borda y se quedó a la deriva, disfrutando del sol y del aire puro. A media mañana, entre el calor y el zarrandeo de la embarcación, empezó a cabecear.

De pronto, se despertó sobresaltada. Una luz cilíndrica había aparecido de la nada. Era blanca, muy potente; tanto, que la obligó a entrecerrar los ojos. ¡Las arrugas!

Sintió que una fuerza poderosa, como un imán, la arrastraba hacia el cielo. Se aferró al asiento de la embarcación, pero no hubo caso: la luz la comenzó a elevar, más y más. Vio como debajo de ella quedaban el botecito, el bolso, la vianda. La luz se hizo cegadora y Merceditas sintió un sacudón en todo el cuerpo.

Cuando por fin se animó a abrir los ojos, estaba dentro de una habitación ovalada. Todo era de metal y hacía un poco de frío. Instantes después se descorrió una pared frente a ella y unas figuras humanoides entraron en la habitación. Merceditas no podía creer lo que veía. Eran cuatro seres muy altos y flacos, grises, sin un solo pelo en los cuerpos asexuados, con la cabeza alargada, los ojos achinados y los dedos demasiado largos.

Merceditas sintió miedo. ¿Qué le iban a hacer? Por su mente pasa-

vida muy feliz. No me arrepiento de nada —admitió Don Ricardo.

Sin embargo, el cantor observó en su mirada cierta melancolía. Don Ricardo lo advirtió y, anticipándose, le dijo sonriendo:

—...pero qué bueno que hubiera sido si la orquesta continuaba tocando.

Melgar festejó su comentario y al rato caminó un poco meditabundo. Luego lo miró nuevamente.

—Che, ¿querés que te cante *Rubí*? —preguntó el Gorrión.

—¿En serio? Me encantaría —respondió Ricardo, alborozado.

Los primeros acordes comenzaron a sonar y al rato la voz del Gorrión sonó mejor que nunca. Don Ricardo, emocionado, apiló dos cajones de madera vacíos que estaban cerca de él y se sentó. Estaba extasiado escuchándolo.

El portón del depósito había quedado entornado; la música de Ro-

berto Melgar y su orquesta invadía la silenciosa calle. Al rato, una viejita empujó con dificultad el portón de hierro y entró. Atraída por ese recuerdo imborrable, Doña Ester no pudo resistirse. Se acercó a donde estaba Ricardo y se paró frente a él. Tenía la misma edad que el aciano, pero su corazón parecía tan joven como cuando se vieron por última vez.

En medio del tango, justo cuando comenzaba el solo instrumental, el cantor se dirigió a la pareja:

—Donde palpita un corazón, allí estará el Gorrión —recitó Roberto Melgar.

Promediando la pieza, ella le dio un tierno beso en la mejilla de la discordia. Luego se entrelazaron sin mediar palabra y finalizaron de bailar ese bello tango. Apenas sesenta y dos años después.

© MARCELO NASRA, 2010.

MARCELO NASRA

(Argentina —Buenos Aires, 1968—)

Licenciado en Educación por la Universidad Nacional de Quilmes. Músico y escritor. Autor de la novela *El espejo* (Dunken, Buenos Aires, 2010).

retorno. Volví de la oficina y me di cuenta de que ya era demasiado tarde para sacar el problema de raíz: el follaje había crecido por toda la puerta construyendo un macizo soporte de hojas verdes.

"Yo no sé. He leído historias sobre vegetaciones exuberantes y condiciones climáticas extremas, como los cuentos de Quiroga en la selva misionera. Lo conoce a Quiroga, ¿no?"

—Sí, sí...

—...se me viene a la mente "Gloria tropical", ¿sabe cuál es?

—Ah, no, no soy de leer; lo conozco de nombre nada más...

—...¿no es cierto que es como si la puerta se hubiera sentido inspirada en ese cuento? Pero me resultó siempre imposible y más bien ilusorio que una de esas tramas pudiera escenificarse en una ciudad de la Pampa húmeda, donde a Misiones se la tiene en cuenta nada más que porque nos manda la yerba mate.

—¡Qué fantástico! ¡Mire en todo lo que piensa! Cuántas asociaciones. Y qué buen sentido de la aventura.

—¿A usted le parece?

—Sí. No cualquiera hubiera podido soportar que su puerta se brotara de pronto en un par de días.

—Y sí. Algo de razón tiene; da una cierta tibieza en el pecho pensar que uno tiene algo distinto a los demás. Aunque sea sólo una puerta. Gracias, me alegró el día.

—No hay de qué. ¿Qué me decía que había en la puerta cuando volvió del trabajo que le hizo pensar que ya no había solución?

—¡Ah!, además de la enredadera, habían empezado a crecer un ar-

busto y un helecho y colgaban tres o cuatro ramas de clavel del aire de la parte más alta, de modo que, si uno miraba así con la mano, fijesé —la mano formando un tubito con un agujerito al final, por donde mirar con un solo ojo—, directo a la vegetación, parecía que estaba en el medio de la selva y no en una ciudad.

"Pruebe, pruebe.

—(...) Tiene razón. Lástima el ruido de los autos...

—Sí...

—...y que es su puerta. ¿No intentó llamar a Parques y Paseos para que se hicieran cargo?

—Sí. La primera, segunda y tercera vez me cortaron porque pensaron que era el chiste de mal gusto del año. La cuarta me escucharon, más por respeto a mi insistencia que en serio, y alegaron que, al no estar en la vía pública, sino en una propiedad privada, no era su jurisdicción y que cualquier respuesta que dieran sería ilegal. Ya ve, la mente humana es capaz de blandir las más absurdas excusas con tal de evitar grandes esfuerzos.

—¿Y a algún jardinero profesional?

—A profesionales, aficionados y rebuscados. Uno lo intentó, pero la velocidad de crecimiento en el interior del pequeño aglomerado es tal que su trabajo no servía de nada.

—¿Y los árboles cuándo salieron?

—Al sexto día estiraron las ramas al cielo. Ahí se secó el pasto y las flores ya se habían marchitado. Lo más probable es que les queden ahora unos dos días de vida; que se termine de formar el bosquecito y después se seque.

—¿Le puso de nombre el Bosquecito? ¡Qué simpático!

—No, no; es que la selva suele dar paso al bosquecito.

—¿La selva suele dar paso al bosquecito? No entiendo. ¿Suele?

—Bueno, es mi suposición. Cuando salí del hospital la primera vez la vegetación había desaparecido; no pude saber cómo se desarrollaba el proceso. Así que acepté lo que se me decía de que había sido una alucinación producto de la alergia y la fobia a los mosquitos. Una excusa para no tener que revivir momentos de mi vida...

—Pero, ¿estuvo internado? ¿Por qué? ¿Qué le pasó?

—Un colapso nervioso. Ver aquella vez que los fenómenos espontáneos de germinación podían suceder de hecho, me dio tal susto, tal exceso de preocupación que...

—¿Aquella vez? ¿Y esta vez cómo lo enc...? ¡Un momento! Usted ya vivió esto antes.

—Sí, ¡si usted supiera! Hace cinco años que mi puerta germina. Creo que se quedó encantada con unas fotos de Misiones, el cuento de Quiroga...

—¿¡Cinco años!? Me está tomando el pelo... ¿Nadie hace nada? ¿Parques y Paseos no se digna, después de cinco años, hacerse cargo?

—No se preocupe, doctora; no es problema para mí. Ya le expliqué lo que me pasa con las plantas. Seguro es lo más interesante que puede pasarle a una persona.

—Si alguien le cree...

—Lo que tengo en mis planes ahora son dos cosas. Primero, que me gustaría hacer una excursión. A lo mejor el próximo año; meterme

en ese yuyal enorme y ver qué le pasa por adentro. La dificultad está en que uno nunca imagina, nunca le enseñaron para que le entre en el coco, que semejante cantidad de vegetación pueda entrar en tan reducido espacio.

—Era de esperar.

—Vegetación y animales. Me acerqué varias veces y todavía no puedo identificar las especies que pueblan ese bioma. Por los distintos sonidos, creo que hay yaguaretés y gaviotas. ¿Tal vez haya un mar por ahí cerca? Una vez vi un oso panda y, otra, una sombra enorme que se acercaba con pasos pesados entre los árboles, pero la idea de que pudiera salir de ahí me asustó tanto que me vine acá a la plaza casi corriendo.

—¿Qué cree que era?

—No sé; la silueta parecía humana, aunque de cien veces el tamaño normal, si no me engañaron los nervios. Seguro sería una experiencia muy estimulante, aunque, por supuesto, no podría olvidarme el matamosquitos...

—Claro, por supuesto. ¿Y lo otro que quiere hacer?

—Presentar la puerta en un concurso de jardinería —La cara sonriente y el cuerpo maltrecho erguido con orgullo—. ¿Qué le parece? Si usted fuera jueza, ¿le sería evidente que ese trabajo no lo hice yo?

—Por afuera y desde lejos, supongo que no, pero de cerca... los ruidos... la densidad del bosque... No creo que funcione.

—Sí; la verdad, yo tampoco —Desecha la idea con un movimiento de cabeza—. Bueno, todavía me queda la excursión.

—Maestro —exclamó Don Ricardo conmovido.

El Gorrión, con una amplia sonrisa debajo del ala de su chambergo arrabalero, tomó con sus jóvenes manos las cansadas y trémulas manos de Ricardo.

El Gorrión del Sur había venido al mundo como Roberto Hrycyszyn. Su impronunciable apellido mutaría cuando el Polaquito atorrante se convirtió en un promisorio cantor de tangos románticos. Supo que tenía talento y que llegaría lejos, pero también sabía que la memoria oficial es ingrata con los artistas; por eso las avenidas immortalizan militares. Se pasó a llamar Roberto Melgar, como la modesta cortada en donde había nacido; así se aseguraba el reconocimiento ulterior. Tenía una voz aguda y dulce —de ahí el apodo de Gorrión— y los presentadores de la época lo anunciaban como “la voz que le canta al corazón”.

Don Ricardo lo miró a sus profundos ojos verdes y recordó aquella aciaga noche en donde perdió a su primer amor, Estercita.

Los Aliados habían triunfado y el fin de la guerra era motivo de celebración en todo el mundo, incluso en Barracas. Entonces el club más importante del barrio recibía a su hijo dilecto: Roberto Melgar. Esa noche nadie se quiso perder el extraordinario evento. El joven Ricardo había llegado al baile acompañado por su novia y, en el momento en que la orquesta arrancó con la primera pieza, ahí nomás se fueron a la pista de baile.

Desde un lugar cercano los observaba Pilar, una amiga de Ester a quien él había rechazado. En el re-

volucionado club no cabía ni un alfiler. Estercita sudaba tanto que después de tres piezas necesitó dejar un rato solo a su novio, para ir a retocarse un poco. Pilar se percató de la ausencia de su envidiada rival y aprovechó la oportunidad para acercarse a Ricardo, quien también la había visto a la distancia. Cuando estuvo frente a él, lo besó incomprensiblemente en la mejilla. Los labios de rojo furioso le estamparon un beso imborrable que provocó el enojo de Ricardo. La insidiosa Pilar se disculpó y se fue. Cuando la amiga se alejó, Estercita regresaba. Ricardo trató de ocultar la marca del lápiz labial, ya que intentar limpiarlo sólo conseguiría exhibirlo en falta.

Tan enamorados bailaban que tenían la sensación de que la música era sólo para ellos. En la mitad del concierto, cuando Melgar estaba estrenando un nuevo tango llamado *Rubí*, Ricardo hizo un movimiento descuidado y ella vio horrorizada el *rouge* delator. En pleno baile, luego de un breve y encendido reproche, Estercita le pegó un cachetazo que hizo detener a la orquesta. Fue tan escandaloso el incidente que el cantor todavía lo recordaba.

—La verdad, es que pensé que era yeta —confesó el Gorrión—. Desde entonces, no lo volví a cantar. Aunque era el que más me gustaba.

Melgar bajó la mirada y pateó una piedrita con su elegante zapato de charol bicolor. Don Ricardo se le acercó y le dio unas palmaditas en el hombro diciéndole:

—Nunca más la volví a ver. Pero me sobrepuse; encontré una buena mujer, formé una familia y tuve una

EL GORRIÓN

MARCELO NASRA

Hacía días que estaba convaleciente. Joaquín guardaba cama, pero ya se le vencía el contrato y quería alquilar otro depósito, más grande. Es que últimamente había prosperado y creía conveniente buscar un nuevo lugar. Por esa razón, enviaba a su padre a inspeccionar un inmueble muy barato que quedaba en la zona Sur.

Don Ricardo —así se llamaba el papá de Joaquín— era un hombre activo. No tanto para escaparle a la soledad de la viudez sino porque siempre lo había sido. Ya había cumplido más de ochenta años y aún recordaba el nombre completo de cada uno de sus hijos, nietos y sus respectivos cumpleaños.

Al llegar al lugar, los recuerdos llegaron en tropel. Con un dejo de nostalgia observó los cambios que inflige el despiadado tiempo, pero sin dejarse abrumar por la vana melancolía fue directo al depósito donde sería recibido por el arrendador. Después de un formal apretón de manos, traspasaron el pesado portón de hierro y pasaron a inspeccionar el

lugar. Debido a su aspecto amable e inofensivo, el dueño —confiado— se dirigió al interesado.

—Don Ricardo —dijo el locador—, mírelo tranquilo. Voy a casa a buscar unos papeles. En un rato estoy de vuelta.

El anciano lo despidió y se quedó observando el inmueble. El lugar apenas era reconocible. Antes había sido un impresionante club donde se realizaban bailes memorables y, ante sus ojos, era un triste depósito vacío adornado por unos pocos cajones que dejó la empresa de transporte que lo había alquilado hasta la quincena anterior. Caminó por su parte más amplia, donde alguna vez hubo un alegre salón; vio con melancolía que sus grandes dimensiones acentuaban su sordidez. Resignado y con los ojos cubiertos de un velo húmedo, atravesó el lugar lentamente silbando *Melodía de arrabal*; de pronto, una voz que, más que voz, era un eco lo acompañó entonando terceras. Se dio vuelta y lo vio. Era él. El Gorrión.

—Sí... Ojalá el año próximo la puerta brote de nuevo y pueda hacerla.

—¡Mire la hora! Discúlpeme, se está haciendo muy tarde; me tengo que ir a casa...

—¡Sí, por supuesto! ¡Usted discúlpeme a mí! No me di cuenta de que la retenía.

—No se preocupe; no es tiempo perdido. Permítame pedirle una cosa y discúlpeme el atrevimiento. A lo mejor otro con quien compartir la experiencia...

—¿Me dejaría llevarme un brote-cito?

© JUDITH SHAPIRO, 2009.



JUDITH SHAPIRO
(Argentina —Rosario, Santa Fe, 1989—)

Comparte con sus dos hermanas, desde distintos lugares, el gusto por la escritura. Estudia antropología en la Universidad Nacional de Rosario y da clases de piano. Participó durante dos años muy intensos en el Taller 7, de SERGIO GAUT VEL HARTMAN y, producto de lo trabajado y aprendido ahí, publicó "Ideas" (*Axxón* 153 y en GAUT VEL HARTMAN, *Desde el taller* —Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires, 2007—), "Muerte con-cep-tual" (*Axxón* 154), "Dragones" (*Eridano* 12), "Un lupe, ¿un lupe?" (*Golwen* 39) y "E.T.-V." (*Axxón* 196).

NO ME TEMAS

CARLOS RANGEL SANTOS

—La misericordia es algo digno de soñarse, y aun más de vivirse —dijo la voz—. El Creador me la negó a mí, el más olvidado de los hombres. No sé qué pecado cometí contra su gloria, pues no puedo recordar mi pasado; ni siquiera mi nombre.

El viento soplabá afuera; se podía escuchar cómo chocaba contra las paredes de la casa. Movía los árboles de la calle, haciendo que mezclaran sus ramas entre sí.

—Tampoco sé mi edad, aunque mi apariencia es la de un hombre joven. Todo lo que veo me parece conocido —continuó la voz—; no creo que exista nada nuevo para mí. ¿Tú qué puedes decir, al verme? ¿Te parece alguien joven?

La estancia estaba a oscuras; las ventanas habían sido cerradas y las cortinas cubrían los vidrios. Se lo hizo saber.

—No puedo verte —le dijo al extraño—; está muy oscuro.

—Pues sí; es de noche.

Abrió los ojos lo más que pudo; sólo fue capaz de distinguir el fuego azul de la estufa encendida, algunos

metros más allá de donde se encontraba. Cerró los ojos; el aroma de los elotes hervidos llegó hasta él.

—Me gusta la nieve. ¿A ti te gusta la nieve? —preguntó la voz—. Afuera hay mucha; cubre las calles y los automóviles. —Su tono era muy triste.

No respondió; estaba más preocupado en saber qué hacía allí y quién era ése que le hablaba y que no podía ver. Su cuerpo comenzó a mandarle sensaciones; era como si apenas estuviera despertando, muy lentamente. Se dio cuenta de que estaba sentado en el piso, recargado contra la pared.

—¿Dónde estamos? —le preguntó al extraño.

—En tu casa, creo —respondió éste—. Cuando llegue aquí, tú ya estabas ahí, descansando. Me metí por la puerta que dejaste abierta.

—¿Mi casa? —Dirigió la mirada a todos lados, hasta que comenzó a distinguir una puerta abierta, a su izquierda. La entrada estaba cubierta de nieve y la luminosidad de la luna cubría los árboles del jardín.

lenta por el puente del Arco Iris. Cuando llegaron al portal, la majestuosa figura de Heimdall se inclinó en una respetuosa reverencia frente al cuerpo del guerrero de traje blanco, muerto con honor en una batalla desigual. Luego se hizo a un lado para dar paso a las Valquirias y su preciosa carga hacia el interior del mágico mundo del Walhalla. El cristal se cerró y comenzó a rotar a gran velocidad, hasta convertirse en una esfera que, emitiendo una rutilante luz blanca, se perdió en el vacío.

Epílogo

Durante meses, la noticia de lo sucedido acaparó todos los medios de comunicación del planeta. Luego de una exhaustiva investigación, las autoridades militares descubrieron a la organización que había ayudado a

los Tallborg: el Virtual Center, una organización internacional que disfrazaba sus actividades ocupándose de tratar el “síndrome virtual”. El Centro fue dismantelado y los traidores ejecutados. Se inició un programa de compensación familiar, destinado a reparar el trauma psicológico sufrido por los niños que habían intervenido en el incidente. Se silenció toda información relativa al extraño objeto brillante y a los seres que lo habitaban.

En su casa de Nueva Jersey, Alan recupera lentamente el ritmo habitual de su vida.

Sophie, quien nunca le había revelado a Alan la identidad de su padre, llora en silencio por la trágica muerte de su ex esposo, el capitán de la estación Omega: Michael Forsyth.

© PATRICIA KIEFFER, 2010.

PATRICIA MARTA KIEFFER
(Argentina, 1958)

Docente, bibliotecaria, escritora y reikista. Autodidacta en religiones comparadas, metafísica, simbología y física cuántica. Autora de dos libros de autoayuda y religión editados por Andrómeda y de diverso material inédito (tres libros de cuentos, dos novelas y dos poemarios). Varios premios en SADAP y ALAM. Ávida lectora de fantasía medieval.

Michael comprendió que aún tenía algo importante por hacer. Su misión en la vida, su trabajo en la carrera espacial, su exilio autoimpuesto, acababan de cobrar sentido. No dudó. Con un pausado movimiento abrió la palma de su mano donde estaba instalado el pequeño dispositivo que había mencionado el niño. Con la otra mano activó el proceso de reversa a "emisión". Accionó a la máxima potencia la propulsión de sus brazos y dando un giro violento disparó al cráneo del Tallborg, dando en el blanco. El gigante, enfurecido, emitió un estridente chirrido. Su clan comprendió el mensaje: "Especie no asimilable. Procedimiento a seguir: destrucción". Apuntó al hombre con el tubo del pecho y disparó. Michael quiso esquivar el rayo pero sus propulsores ya no tenían energía. Recibió un impacto que le rasgó el traje a la altura del hombro. Supo que moriría en cuestión de minutos. Su mente evocó los mejores momentos de su vida: su infancia, cuando soñaba con ser miembro de las Bases; su juventud, cuando luchó contra la invasión Tallborg; su matrimonio, fracasado por causa del excesivo tiempo que le dedicaba a su carrera... y ese hijo que no llegó a conocer porque se negó a volver a Tierra, siempre con un pretexto diferente. Si de algo se arrepentía, era de no haber conocido a su hijo. Hubiera querido despedirse...

El dolor se hizo insoportable. Su cuerpo se hinchaba rápidamente. Sintió las convulsiones. Sintió ríos de sangre en su cerebro, los ojos desorbitados, la saliva hirviendo en su boca, sus pulmones clamando por aire... y un frío intenso, muy intenso.

II

Las bases interrumpieron las transmisiones. Los hombres habían presenciado lo ocurrido, impotentes. De modo inexplicable se había filtrado en sus comunicaciones la voz de un niño localizado en una zona campesina de Colorado, dando una orden directa a un astronauta en el espacio, hecho aún más inexplicable. Luego observaron algo más extraño aún: la nave Tallborg había recogido a su enviado y en cuestión de minutos empezó a hacer maniobras extrañas, describiendo espirales cada vez mayores, hasta desaparecer en algún punto del Universo. Sólo quedó en pantalla la visión del cuerpo de Michael Forsyth, que flotaba dentro de su mortaja de tela sintética blanca.

III

Alan y Charly se miraron en silencio, sin festejar. La impresión por el sacrificio del astronauta era superior a la alegría del triunfo. Cabizbajos, trataban de asimilar lo ocurrido. De pronto, Charly levantó la cabeza y miró el monitor.

—Alan... no lo vas a creer... Mira... —balbuceó, mientras señalaba la imagen en el holovisor. El diamante cristalino había reaparecido en el espacio, emitiendo luces multicolores. Una de las caras extendió los haces de luz formando un puente brillante; un portal se abrió en el punto de origen del camino, y por allí salieron tres bellas mujeres montadas en caballos alados. Eran las Valquirias, las míticas guerreras, que recogieron el cuerpo de Michael y lo transportaron en marcha

La luz llegaba hasta la mitad del pasillo que comenzaba en la puerta, iluminando algunos cuadros con fotos de alguien—. Ésta no es mi casa —dijo convencido hacia el frente, que era donde suponía que estaba el extraño.

—¡Qué contrariedad! Pensaba disculparme por entrar sin ser invitado pero, como no es tu casa, creo que eso no será necesario.

Podía escuchar la voz con perfección, pero no era capaz de ver a quién pertenecía. El pasillo se doblaba hacia donde se escuchaba el extraño y la luz de la luna no alcanzaba a iluminarlo. Lo único que se podía ver en esa dirección era el fuego que seguía cocinando los elotes.

—Siento mucho frío —le dijo.

—¿En serio? Yo no siento nada.

Intentó levantarse, pero no pudo conseguirlo. Sentía el cuerpo muy entumido y sus músculos no respondían bien.

—¿Podrías encender la luz? —le pidió al extraño.

—No puedo; no hay energía —le contestó—. Además, creo que está mejor así, sin que me veas.

Esa respuesta lo intrigó.

—¿Y por qué no?

—Cuando la gente me ve, no tiene una buena reacción —respondió la voz—. Cuando llegué aquí, caminé por una gran plaza. Debo confesarte que no sé de dónde vengo, ni quiénes son mis padres. Lo único que recuerdo es que estaba caminando, por esa plaza, y...

La voz hizo una pausa.

—¿Y qué? —preguntó temblando de frío.

—La gente comenzó a mirarme. Los viejos y jóvenes por igual. Yo

les ofrecí una sonrisa, pero ellos sólo corrieron y gritaron. Me sentí muy triste.

—Bien, la gente puede ser mala o hasta idiota —comentó, intentando ayudar al extraño con sus palabras—. Tal vez ni siquiera huían de ti; lo más seguro es que fuera una confusión.

—¿Así lo crees?

—Sí. Pero, dime: ¿por qué estamos aquí?, o ¿quién eres tú?

—No sé si tengo nombre. —Al escuchar esto, sintió una pequeña corriente de aire, que le pegaba en el rostro. Escuchó algo parecido a un par de abanicos muy grandes produciendo viento—. Si lo tengo, no lo recuerdo.

La noche continuó su curso y el viento seguía soplando, fuera de la casa. El tiempo transcurrió y los dos conversaron sobre la vida, en todos sus aspectos. Los amores de uno, la falta de amistades del otro.

—Recuerdo que mientras me quedé ahí solo —dijo la voz— me sentí muy triste. Hasta que, de pronto, algo sucedió.

Esta vez ni respondió; el castaño de sus dientes al chocar se hacía más agudo.

—Comenzó a nevar —continuó la voz, como en susurros— y, mientras mi tristeza aumentaba, la nieve caía más fuerte. Después, un cruel viento vino para acompañar a mis lágrimas, y yo comencé a caminar.

El corazón comenzó a latirle un poco más fuerte.

—Entonces, llegaste a esta casa —dijo como para sí mismo, en voz baja—. ¿Eso fue lo que pasó? ¿Una nevada? Pero, no logro recordar.

—Sí, nevó mucho.

La voz del extraño continuó: —Después de recorrer la ciudad por unas horas fui encontrando gente muerta, congelada por el frío. Me sentí mal por ver sus cadáveres, tirados en las calles y sin sepulcro.

Algunos recuerdos llegaron a su mente. Él corriendo entre las calles, tratando de protegerse de la ventisca. Algunos automóviles derrapando en el concreto y chocando. Un viejo sacerdote gritando al pie de una iglesia, con la nieve hasta las rodillas y levantando un crucifijo enorme, hecho de madera.

—No me gusta estar solo —dijo la voz en la oscuridad—. Por eso, te pido que no te mueras como ellos. No me dejes.

Él no pudo responder; los recuerdos recién adquiridos lo hacían pensar sobre su pasado y su situación actual. Se llevó las manos a la cabeza; sintió cómo el frío comenzaba a dominarlo de nuevo. Volteó para ver la estufa; el olor del maíz hervido se hizo más fuerte.

—Cuando amanezca podrás verme. —La voz suspiró—. No me temas; no seas como ellos —suplicó—. Por eso te traje aquí, para que conversáramos. Encontré esta casa, con algo de fuego encendido. Y te dejé ahí, después de recogerte en la calle, mientras corrías.

El temor volvió a su mente. Recordó los noticieros que vio antes de salir de casa. En un solo día, y en todas las naciones del mundo, los comentaristas hablaban de cambios climáticos de gran magnitud. Algunos religiosos hablaban del fin.

—No, tú me encontraste aquí en esta casa.

—Te mentí.

El nivel de las aguas está subiendo, y algunos lugares costeros ya desaparecieron. Televidentes, ¡es el fin! Se habla de los ejércitos de Dios...

—No sé si soy como tú. —La voz era apagada.

El Papa llama a todos los creyentes al arrepentimiento, y a los ateos a redimirse. Mientras, en la Casa Blanca...

El amanecer se aproximaba, la oscuridad cedía su camino frente a la luz del nuevo día. Con lentitud.

—Pero aquí estarás bien —dijo la voz—; eso creo.

El patio se iluminó y las ventanas proyectaban una leve sombra de sus marcos sobre la estancia, a través de las cortinas. La silueta del extraño comenzó a hacerse notar un poco.

—Si eres el último, te protegeré. —La voz hablaba con seguridad.

Se calcula que la población mundial ha descendido a menos de doscientos millones en menos de siete horas. Fue todo un placer...

El contenido de la olla comenzó a hervir; los vapores salieron con un silbido agudo, indicando que debía ser retirada de la estufa. Pero nadie lo hizo; el contenido se derramó sobre las parrillas, produciendo un sonido siseante.

Amaneció.

Levantó la cabeza hacia la mesa donde estaba el extraño. Lo miró por unos momentos, inexpresivo.

maldita especie serán destruidos! ¡No volverán a la Tierra! —Se sintió ridículo diciendo esas palabras. Pero quiso creer que el personal de las Bases estaría observando el encuentro y preparando un ataque.

El Tallborg lo miró con curiosidad. Tampoco podía comprender ese lenguaje. Ellos habían borrado de sus memorias todo vestigio de cultura humana. Renegando de su origen, se rehicieron como raza independiente y crearon su propio patrón de comunicación. No necesitaban que otras especies los entendiesen; ellos simplemente los incorporaban a su clan y aniquilaban su cultura. Y precisamente eso era lo que se disponía a hacer con el extraño espécimen que había encontrado. Una ranura se abrió en la mitad de su tórax y por ella salió un delgado tubo con el que apuntó a Michael. El hombre se desplazó hacia el costado con un impulso de los retropropulsores. En ese momento, un nuevo sonido se oyó en los auriculares del casco. Era la frecuencia de Base Cinco.

—Michael Forsyth, aquí Base Cinco, ¡responda! —Una intensa emoción lo invadió al escuchar la voz humana.

—Recibiendo señal... necesito ayuda.

III

Alan había enviado el código a Base Cinco y vio con espanto cómo fracasaban los ataques a la nave. Si los rayos no llegaban, tampoco llegaría el virus que transportaban. En ese momento escucharon la comunicación de la Base con el astronauta.

—¡Intercepta la señal! —gritó Australia—. ¡Envía el código por allí!

Alan estaba tan abatido que Charly tomó su lugar. Accionó unas cuantas teclas a toda velocidad. Mientras lo hacía, pensaba cómo haría para lograr que ese hombre comprendiese cómo actuar. Acababa de enviar el código a su receptor manual, pero él debería introducirlo en el sistema neural del Tallborg. Alan, en silencio, pensaba en lo mismo. De pronto reaccionó.

—¡Lo tengo! ¡Rápido, dame el casco! —exclamó mientras triangulaba la señal con dos satélites lunares, a los que accedió mediante la red virtual. Se concentró durante unos segundos, rogó en su interior que el hombre le creyese... y habló.

—Capitán Michael Forsyth, aquí Alan Castle de la Tierra. No hay tiempo... escuche: he transmitido a su receptor palmar un programa de destrucción para el sistema Tallborg. Actúa como un virus que contagiará al colectivo. Usted debe buscar las celdas sensitivas del Tallborg y emitir la descarga en ellas. Están a la altura de los oídos... ¿me escucha usted?

Michael recibió la voz del niño como un golpe en el corazón. Años sin oír algo así... años encerrado en Omega, completamente solo, como si hubiese muerto para la humanidad... ¿Acaso la soledad y la muerte no son el destino de todos los hombres?

—Capitán, ¡le ruego que me crea! Soy un experto en este juego ¡Conozco el punto débil de los Tallborg! —suplicó Alan.

lo hay que infectar a uno, que contagiará a la colonia entera.

—Imagínalos...—comentó Francia entre risas.

—Descarga completa —confirmó Alan—. ¿Cómo les hacemos llegar el dulce?

—A través de Base Cinco. Es la que menos actividad tiene. Las otras están enloquecidas buscando un astronauta que desapareció en el espacio.

—¿Qué?

—Sí, los veo en pantalla —dijo Charly, concentrado en captar la señal de Base Uno.

—Deja eso ahora, tenemos que pasar esto a Base Cinco. Cuando ataquen a las naves de los Tallborg, enviarán la secuencia junto con el primer disparo de láser.

II

El personal de las Bases no podía dar crédito a lo que estaba presenciando. Primero, la desaparición de Forsyth, luego el avistamiento de una nave Tallborg y ahora la súbita reaparición de Michael, indefenso y expuesto frente al letal enemigo.

—¡Dispare bombardeo cinético!

—¡Es inútil, señor! ¡Han desplegado un escudo regenerativo que repele el ataque!

—¡Intente comunicación con Forsyth!

—No responde, señor. Señal interferida.

—¿Qué hace ese loco ahí? ¡Maldita sea! ¡Base Cinco, aquí Base Uno! ¿Tiene listo el BMD?

En Base Cinco la dotación estaba reducida a dos ingenieros y un capitán. Suficiente para accionar el

arsenal del que disponían, el más sofisticado de todas las bases. Luego de varios intentos, debieron reportar el fracaso de sus ataques.

—Aquí Base Cinco, procedimiento nulo.

—Use el Sender para intentar comunicación con Forsyth.

—Entendido, señor.

I

El espacio infinito fue mudo escenario del encuentro entre un humano y un Tallborg, enfrentados en la más completa soledad. A prudencial distancia uno del otro, ambos se estudiaron cuidadosamente, sin hacer un solo movimiento. Michael observó con asombro la transformación que había sufrido esa especie desde el modelo original: no había un solo vestigio humano en esa criatura. Trató de encontrar un punto vulnerable en su acorazada estructura, pero admitió que, si lo tenía, no iba a descubrirlo en esa situación.

En el receptor del casco sonó un chirrido que Michael interpretó como de un antiguo módem cuando transmitía data. Activó su traductor, pero éste no logró decodificar la señal: era demasiado antigua para haberla incluido en los protocolos. Aún sin comprender lo que le decía el coloso, el hombre se sabía perdido. Recordó el mensaje de la voz: "Debes detener a los gigantes que tu mundo ha creado". Pero no sabía cómo iba a lograrlo...

Un nuevo silbido intermitente le indicó que el titán le enviaba otro mensaje.

—¡Veamos si me puedes entender, bestia inmundita! ¡Tú y tu

Reconoció en él una silueta humana. Un hombre sentado a la mesa, con dos brazos y dos piernas. Todo en el ser frente a él era normal, salvo por los dos pares de alas que salían de su espalda y aleteaban de

forma pausada. En el piso, algunas plumas blancas estaban repartidas. El ser humano comenzó a reír hasta morir.

© CARLOS RANGEL SANTOS, 2009.



CARLOS RANGEL SANTOS
(México —Aguascalientes, 1987—)

Comenzará a estudiar ingeniería mecatrónica en setiembre de este año. Empezó a escribir en la secundaria, y fue puliendo su técnica narrativa en diversos talleres literarios realizados en Aguascalientes, su ciudad natal. En 2009 se le concedió una beca para la creación literaria, gracias a lo cual pudo escribir el volumen de cuentos *La voz de los otros*. Más que escritor, se considera un buen imaginante.

CONSUELO PARA LOS DEPRIMIDOS

GUSTAVO CAMPANELLI

La muchacha estaba sentada en el borde de un cantero en medio de la vereda, con la espalda apoyada en las rejas que protegían a las plantas, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Felipe la vio desde media cuadra de distancia y le llamó la atención. Ésta era la vereda por la que él, como estaba haciendo ahora, caminaba hacia el transporte que lo llevaba a la oficina. La muchacha parecía algo nuevo en la apartada comunidad corporativa, aunque no podía asegurarlo a esa distancia y sin los lentes.

Siguió caminando y vio como la chica movía el rostro en su dirección, en lo que le pareció una postura calculadora, fuera de lugar en alguien que parecía tan joven. La ligera llamada de atención se transformó en extrañeza; no le parecía conocerla y, definitivamente, no estaba en su rango de edades. ¿Por qué lo miraba así? El cruce de miradas duró sólo un par de segundos y ella bajó la vista.

Más tranquilo, Felipe caminó un poco más rápido, sin darse cuenta de que lo hacía. Ella se levantó y, ca-

minando un par de pasos que la acercaban a la futura trayectoria de Felipe, sonrió. Él caminó más lento, sin notarlo. La sonrisa no era amenazante, la mirada no parecía calculadora y Felipe no entendía qué pasaba. Se vio a sí mismo devolviendo tontamente la sonrisa, tomando algo que ella le daba sin decir palabra alguna, antes de retroceder rumbo a su asiento improvisado. Era un objeto rectangular y fino, muy liviano.

Dos lentos pasos más adelante pensó que no había visto el objeto hasta encontrarlo en su mano, pero lo descartó, atribuyéndolo tan sólo a que no le había prestado atención, perdido en la deslumbrante y amable sonrisa. Observó el chato objeto, pero sin sus anteojos tan sólo distinguió un área negra, otra roja y una más pequeña, amarilla. Era levemente rígido, aunque al mismo tiempo era flexible, y con una levisima rugosidad muy agradable al tacto. Esto le provocó un inexplicable sentimiento de *dejà vu*, pero no podía recordar la razón.

nes del Universo. La única forma de saberlo era aceptar lo que le estaba sucediendo. Renovó sus preguntas.

—¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí?

—Mi nombre es Heimdall, guardián del puente Bifröst. Está escrito que en el Ragnarök, los cielos se abrirán y Surt saldrá seguido de todos sus gigantes, marchando hacia Asgard. Aún no es el tiempo para la batalla final, pero los gigantes se preparan para ir hacia Midgard, la tierra de los humanos. Esto no debe ser así. La lucha debe ser entre gigantes y dioses, no entre gigantes y humanos.

Michael pensó en los Tallborg y súbitamente comprendió. La voz no le dio tiempo a seguir cavilando. Parecía responder a sus preguntas antes de que se formularan en su mente.

—Ustedes, humanos, crearon sus propios gigantes ¡y ahora ellos se preparan para la conquista de Midgard! Eso no puede suceder. No se debe alterar el ciclo de lo que está escrito. Los mundos entrarían en caos. Debes detener a los gigantes que tu mundo ha creado.

Michael sintió que se le pedía demasiado. Detener él solo a los Tallborg. ¿Cómo? Necesitaba respuestas. Pero la voz no habló más. La luz blanca se extinguió dejando el ambiente profundamente oscuro. Entonces pudo ver el espacio exterior a través de las cristalinas paredes del objeto. A bastante distancia de donde él estaba, una nave Tallborg se desplazaba con lentitud. Sin que pudiese hacer nada por impedirlo, For-syth fue expulsado nuevamente hacia el espacio. Con desesperación, vio

como se abría la escotilla del vehículo; un Tallborg salió al espacio y se desplazó hacia él.

III

Ya en la casa de campo, Alan y Charly acomodaron sus pertenencias y se dirigieron de inmediato a la habitación. Charly desplegó toda la dotación necesaria para establecer la conexión. Cinco *servers* satelitales, antenas, receptores, decodificadores de *passwords*, seis monitores y un visor holográfico. También los programas, los auriculares, el traje de juego y el router con el que hackeaba la inexpugnable vía de haces luminosos que usaban las bases para comunicarse. Alan se colocó el casco y entró en la fase VI del juego virtual, conectándose de inmediato con todo el grupo.

—¿Lo tienes?

—Sí, ya te lo paso, dame un minuto. Va con el código fuente también —respondió Japón, mientras le transfería un archivo encriptado.

—¿De qué se trata? —preguntó Alan.

—Es una doble secuencia Fibonacci; una a partir del número nueve y la otra parte de menos uno. Según nuestros cálculos, como esta progresión tiende a Φ , el número áureo, y su complemento va en reversa, hará colapsar el sistema de implantes corticales de los Tallborg, destruyendo su capacidad de organización. No los matará, pero funcionará como un virus que anulará su programa, convirtiéndolos en una especie de retardados que se la pasarán dando vueltas y vueltas, en un rulo interminable. Sólo

Australia, cinco de Japón y dos de Francia. Todos compartían el mismo secreto: jugando, habían descubierto el plan de ataque de los Tallborg y se habían propuesto detenerlos. Eran niños de inteligencia superior a la normal y fue para ellos asunto fácil interpretar las señales de los invasores. De algún modo, en sus conexiones se había filtrado un programa que no pertenecía al juego y eso los puso en alerta. Sus máquinas se habían convertido en receptores que captaban las comunicaciones internas de los Tallborg. Y lo peor: alguien, desde la Tierra, los estaba ayudando a regresar. Los jóvenes estaban solos en esto, ya que nadie les había creído cuando intentaron alertar a los mayores. Todos dieron por sentado que se trataba de un juego. Algunos no le dieron importancia; otros, como Sophie, acudieron al Virtual Center en busca de ayuda. Alan sabía que no podía confiar en nadie, excepto en sus compañeros. Entre todos fueron ideando el modo de frustrar los planes de los Tallborg. Pero esa tarea se tornó cada vez más difícil y peligrosa, y tenían la sospecha de que los habían descubierto. No era casual la presencia de extraños vehículos estacionados frente a sus casas, ni las interferencias que habían empezado a notar en sus vías de comunicación.

En esto pensaba Alan cuando, a bordo de un automóvil, partió junto a Charly y su familia rumbo a la casa de campo.

Michael tardó en recuperar la consciencia de sí mismo. Aturdido, trató

de reconocer dónde estaba. Flotaba en un espacio luminoso, totalmente blanco y, en apariencia, vacío. Una región tan enorme, tan ilimitada, que parecía extenderse en todas direcciones. El solo contemplar el entorno lo atemorizó.

Estoy muerto, pensó. Muerto y con el traje puesto...

—*No disse døde, Einherja*. [“No estás muerto, Einherja” —*Einherja*: “un guerrero”, “un ejército” o “guerrero único”; se lo interpreta como “ejército de un solo hombre”, “luchador extraordinario” y “hombre-ejército”—].

La voz surgió como un trueno, de la nada. Michael, convencido de haber muerto, abandonó toda resistencia interior.

—¿Dónde estoy? —preguntó mientras conectaba el traductor incorporado a su casco.

—*That's the deep vacuum Ginnungagap*. [“Es el vacío llamado Ginnungagap”].

—Antes dijiste... que no estoy muerto.

—No lo estás. Has venido para cumplir la letra de la profecía: “Cuando los hijos de Muspell cabalguen rumbo al gran combate del fin, Bifröst será derrumbado y los hombres perderán el contacto con los Dioses. Sólo un gran héroe inesperado podrá detenerlos”.

Michael reconoció en esa declaración, un pasaje de las *Eddas* que se sabía casi de memoria. Pensó que si no estaba muerto, ni loco, ni soñando, algo en la realidad existencial se había descalabrado. De algún modo, había entrado en alguna de las desconocidas dimensio-

Lo guardó en uno de sus bolsillos, asombrándose una vez más por el extraño tacto y la inusitada finura. Consultó su reloj, de grandes y gruesos números digitales, y se sorprendió viendo que había perdido cerca de treinta y cinco segundos caminando lento, perdido en esos pensamientos que no llevaban a ningún lado. Apuró el paso, sabiendo que, si había poca gente para viajar, el transporte partiría antes de su llegada.

Correr no era una posibilidad para él; no podía someter sus rodillas a semejante tensión. Su amante lo presionaba para que consiguiera implantes, tan de moda actualmente, pero no estaba convencido. Un compañero de oficina de antes del ascenso le había comentado los tremendos gastos de mantenimiento asociados a las articulaciones artificiales. Tal vez se lo podría permitir luego del ascenso a 234, que proyectaba recibir en un par de años, pero por ahora era algo impensable para alguien de categoría 235 consciente de sus propias posibilidades.

Llegó a la terminal del transporte público Maglev justo a tiempo para ver cómo cerraba las puertas y arrancaba, con su suave flotar magnético y su inusitada aceleración. El siguiente Maglev lo haría llegar tarde, por lo que dirigió sus pasos rumbo a la cercana parada de Transpriv con tranquilidad. Ya había hecho cálculos hacía tiempo y sabía que podía permitirse el gasto de este tipo de transporte alado unas tres veces al mes sin afectar seriamente su economía.

Presionó el botón de llamada y treinta segundos después lo vio descender verticalmente; la puerta para

el pasajero ya abierta como un ala de gaviota. Subió al Transpriv, se acomodó y usó su tarjeta corporativa para al mismo tiempo identificarse, pagar, indicar destino y señalar que poseía permiso para usar la plataforma retractable de aterrizaje del piso del edificio de la corporación Yumilen-Kaironi, donde trabajaba. Confirmados los datos por una computadora central, la puerta del pasajero se cerró con gentil fluidez y el vehículo automatizado despegó con suavidad.

Intentó disfrutar del vuelo, pero su vista no le permitía distinguir detalles del suelo, con lo que sólo percibía la sensación de velocidad y no el paisaje. Tal vez un buen juego de ciberojos antes que las rodillas fuera lo indicado, aunque entre los anteojos fijos que tenía en su casa y los fantásticos lentes automáticos variables, que Yumilen-Kaironi había sintonizado para él, alcanzaba para vivir suficientemente bien. Era una pena que la corporación no le permitiera retirar los lentes del edificio, pero desde cierto punto de vista era lógico: no había posibilidad alguna de olvidarse tan vital herramienta de trabajo en su domicilio.

Incluso cuando había recibido el ascenso a la categoría 235 y había ganado el derecho a elegir un puesto de trabajo a un mínimo de quinientos kilómetros de su casa, el transporte de sus lentes automáticos variables corrió por cuenta de Yumilen-Kaironi, sin su intervención más que para autorizar el retiro de los lentes del viejo cubículo en el que trabajaba y el registro de la entrada de los lentes en su nueva y pequeña oficina privada.

Metió la mano en su bolsillo con delicadeza y sacó el objeto, intentando recordar la razón por la que, pese a resultarle extraño, le parecía levemente familiar. Lo flexionó con cuidado y sus dedos detectaron lo que sus ojos no podían ver. Pese a la extrema finura, el objeto estaba compuesto por tres capas aún más finas, unidas en forma continua (sin que se detectase la unión) en ángulos opuestos de ciento ochenta grados, con lo que podía desplegarse para formar un objeto del mismo alto, un tercio de la profundidad, pero tres veces más ancho. Mientras se distraía pensando qué razones podrían llevar a hacer este diseño con el triple de superficie aparente, el recuerdo lo golpeó con fuerza.

Muchos años atrás, cuando era un niño, había visitado la casa de uno de sus bisabuelos paternos. Su bisabuelo, que moriría relativamente joven en un accidente a los ciento sesenta y tres años, lo había llevado hasta el attillo para mostrarle uno de sus tesoros. Entre grandes misterios le había mostrado lo que había heredado de su abuelo, unos objetos rectangulares... Libros, ése era el nombre. Libros de papel. Ésa era la sensación familiar que le transmitía el extraño tacto: papel.

Examinó el papel desplegado saboreando la antigua palabra, sabiendo que era uno de los pocos que podía identificarlo, y se maravilló al comprobar que ambos lados parecían contener algún tipo de escritura. Sólo podía distinguir una palabra, escrita en grandes letras negras sobre fondo rojizo: "Consuelo". ¿Sería el nombre de la muchacha? Perdido en ideas inocuas, algunas

de ellas incluso románticas, un tanto frustrado por no poder leer lo que tenía entre manos, no se dio cuenta de que había llegado a la ciudad hasta que comenzó a percibir la desaceleración.

Dobló el papel con delicadeza y lo introdujo nuevamente en su bolsillo. El Transpriv se posó con suavidad en la plataforma extensible de aterrizaje del piso 15. Bajó y compensó con el cuerpo el viento que corría por la plataforma, temiendo la posible caída, pese a estar a más de dos metros del borde. Ingresó al cubículo de identificación y unos segundos más tarde caminaba asombrado por un piso 15 absolutamente vacío. Pasó ante los cubículos y entró en su oficina, recordando una vez más que era beneficio de su categoría 235. Era un buen trabajador; sólo le había costado setenta y dos años ascender desde la categoría 400.

Con la fuerza de la rutina presente en cada uno de sus movimientos, tomó los lentes que estaban sobre el modesto escritorio, los presentó sobre su rostro y los activó. El mecanismo de los lentes los acomodó perfectamente, en la posición justa, y estableció la corrección focal promedio que sus ojos precisaban ese día. Luego harían microcorrecciones para cada cosa que tuviera que mirar, pero todas basadas en el promedio ya tabulado.

Felipe había calculado unos diez minutos de adelanto sobre el viaje tradicional, pero en realidad vio que había llegado unos veinte minutos antes del horario de trabajo, por lo que decidió aprovechar el tiempo extra y hacer un pequeño encargo

modo automático y se preparó para la caminata espacial. Había llegado con su pequeño transbordador al máximo nivel de acercamiento al objeto, pero la distancia que lo separaba de éste era aún indefinible. Aunque los datos le indicaban que estaba a unas cien millas terrestres del mismo, a simple vista parecía tan lejano como antes de iniciar el viaje. Sin dejarse vencer por la aparente ilusión óptica se colocó el traje, accionó los retropropulsores ubicados en los antebrazos y salió al espacio. Abandonar el ambiente presurizado de la nave le trajo de inmediato los trastornos corporales que él bien conocía. Sin embargo, su nuevo traje estaba equipado con un sistema inteligente que en cuestión de segundos realizó la adaptación. Otro progreso que agradecía a los diseñadores de la nueva indumentaria espacial era la supresión de la molesta manguera que, a modo de cordón umbilical, conectaba los antiguos trajes a la nave. La independencia que daban estos nuevos modelos era maravillosa para desplazarse.

Llegó al objeto más rápido de lo que había calculado. Sin embargo, al voltearse para mirar la estación, le pareció que estaba a miles de millas de distancia. Dejó de preocuparse por ese aparente misterio y se concentró en el objeto. Su aspecto lo desconcertó: una estructura cristalina, como un diamante flotando en el espacio, rodeado de luz irisa-da similar a las auroras boreales. Comenzó el informe verbal según el protocolo oficial, describiendo lo que tenía frente a sí: "Estructura irregular, material desconocido, nivel de radiación...".

Pero no estaba preparado para lo que le sucedió: apenas extendió el brazo, rozó un haz luminoso y una fuerte succión lo arrastró hacia el interior del objeto.

II

En las cinco bases espaciales se desató el pánico.

—¡Base Uno llamando! ¡Forsyth! ¿Nos escucha? —gritaba el operador.

—¡Lo hemos perdido! ¡Ha desaparecido! —agregaba otro de Base tres.

—¡Es imposible! ¡Amplíen parámetros de rastreo! ¡Collins, Jensen, a sus puestos!

—¡Oh no!... Miren eso...

—¿Dónde rayos está? ¡Se ha ido!

Michael Forsyth simplemente se había esfumado delante de sus narices, tragado por el condenado objeto, que también acababa de desaparecer en el espacio.

III

Alan necesitaba muchas horas de conexión a su Computer Suite para poder terminar su "trabajo", como él lo llamaba. Su madre sólo le permitía acceder al juego tres veces por día, durante media hora, tal como le había recomendado el especialista del Virtual Center. Entonces pidió pasar el fin de semana en casa de su amigo Charly, con el pretexto de organizar una salida de campo. La verdad era algo diferente: Charly tenía los mejores equipos instalados en su casa de campo y sus padres no objetaban el tiempo que pasaba jugando. Además, formaban parte del mismo grupo de jugadores, junto con uno de

en cuestión. Weits pensó unos segundos y luego emitió la orden.

—Procedimiento autorizado. Comuniquen a Omega —dijo al tiempo que se retiraba. El silencio inicial fue reemplazado por un murmullo generalizado. Una voz se escuchó por sobre las demás.

—¿Qué... está haciendo Forsyth?

El técnico activó el visor de Omega. Esbozó una sonrisa compasiva.

—Está leyendo.

—Comunícale la orden.

III

Alan jugaba en el jardín de su casa en Nueva Jersey.

—¡Duro con ellos! ¡Paf, pum, bang, trrrrrrrrr! ¡Fuego a discreción!

Sus manos apuntaron al cielo con un arma imaginaria. Entonces vio una luz que parpadeaba en tonos irisados.

—¡Mamáaaaaaaaa! ¡Ven a ver esto! —gritó mientras corría hacia la casa. Sophie salió a su encuentro con cara de espanto.

—¿Qué sucede?

—¡Allá, allá arriba, en el cielo...! ¡Ya vienen! —Sophie alzó la vista y suspiró resignada.

—Vamos, Alan... Ven adentro. Allí no hay nada extraño; sólo estrellas.

El niño volvió a mirar, expectante. La luz había desaparecido. Luego de la cena, Sophie acompañó a su hijo al dormitorio, lo arropó y, después de cerciorarse de que la computadora estuviese desconectada, salió del cuarto cerrando la puerta con suavidad. Estaba considerando seriamente sacar la máquina de la habitación,

y aun de la casa, ya que en los últimos meses Alan había sufrido lo que los especialistas llamaban el “síndrome virtual”, que consistía en mezclar aleatoriamente la realidad con la fantasía. Una variante de esquizofrenia causada por el abuso de horas dedicadas a los juegos de rol. Alan había empezado tiempo atrás diciendo “vamos a vencer a los Tallborg”, “con mi equipo tenemos una estrategia infalible” y cosas por el estilo. Luego sufrió una especie de paranoia obsesiva: se sentía observado y acechado en la calle, por tener en “su poder” un arma para destruir a los invasores. Su estado se agravó al extremo de tener pesadillas en estado de vigilia. Cuando llegó al punto en que no se separaba de ella, Sophie llevó a su hijo a realizarse estudios en el Virtual Center, instituto dedicado exclusivamente a tratar esa afección. Además de medicación, el niño recibió un estricto plan de acceso a la computadora, que debía ser supervisado por su madre.

Si bien Alan había mejorado mucho, aún tenía ocasionales brotes alucinatorios que ella trataba de ignorar, al menos en apariencia, como había sucedido recién en el jardín. Confiando en que su hijo descansaba tranquilo, Sophie se fue a dormir. Apenas entró en sueño profundo, se encendió la computadora de Alan, quien —lejos de dormir— contemplaba aterrorizado la pantalla donde se leía “Ataque inminente”.

I

Michael acababa de recibir el protocolo de acción. Verificó el funcionamiento del equipo. Puso la nave en

extraoficial que había llegado al final del día anterior. Era el tipo de cosas que podían marcar una diferencia con vistas a futuros ascensos, sobre todo si parecía que había llegado más temprano para hacerlo. Extrajo de la bandeja de entradas el sobre de opaco plástico negro y presionó su pulgar contra el cierre, que se abrió al confirmar su identidad.

Dentro encontró dos pantallas plásticas flexibles, una marcada sólo para lectura y la otra modificable. Desplegó los datos en la pantalla de sólo lectura y estudió el pedido en la pantalla modificable. Luego de trabajar unos doce minutos tenía tres posibles soluciones perfectamente planteadas en la modificable. Ésa cantidad era suficiente. Fuera quien fuese el que le había enviado el trabajo, podría tomar una decisión informada sin tener que acreditar el trabajo a nadie. No estaba probado, pero tener amigos más allá del piso 43 no podía dañar a nadie, y este tipo de datos venía de allá arriba.

Puso la solución en la bolsa de plástico negro y la reselló, con lo que cambiaron los datos de destino, con esos códigos que sólo las computadoras podían interpretar. Dejó la bolsa en la bandeja de salida y fue absorbida al instante. Tomó la otra pantalla y, de acuerdo con sus instrucciones, borró los datos, dejándola efectivamente inservible. Cuando el proceso de destrucción de datos finalizó, puso la inerte pantalla en el tacho de residuos. Sabía que de allí sería llevado para clasificación y reciclado y que quien le había enviado los datos seguramente revisaría los registros buscando el número de la pantalla destruida.

Activó la terminal de datos, conectada a la red del edificio y por lo tanto menos segura que las pantallas flexibles que portaban sus propios y aislados datos. Programó el pedido de desayuno cinco minutos antes de lo acostumbrado, ya que presentía más hambre de lo común. Aún tenía unos pocos minutos libres, por lo que se relajó en su silla y, recordándolo, extrajo el papel de su bolsillo.

Lo sacó con suavidad, dispuesto a disfrutar del cúmulo de emociones que este simple objeto evocaba en él. La portada, ese cúmulo de rojos, negros y algo de amarillo, resultó ser una imagen de perfil de una mujer, en una playa, con el agua y el sol de fondo, en un amanecer o una puesta. Debido al contraste, la mujer aparecía completamente en negro; el agua y el cielo eran casi por completo rojizos y anaranjados, con pequeñas franjas negras en las partes no iluminadas de las olas. El sol era un tercio de círculo amarillento anaranjado, sangrando sobre el paisaje. Un simple punto de luz sobre el ojo izquierdo de la mujer le daba vida. Era una imagen potente, evocadora.

Desplegó el papel y leyó el título: *Consuelo para los deprimidos*. Fue un impacto similar a una lluvia fría que nos sorprende de repente, y que tiene la habilidad de meter sus gotas heladas por nuestra espalda. ¿Deprimidos? Él no estaba deprimido. ¿Qué estaría pensando la chica cuando se lo dio? ¿Lo habría visto deprimido? ¿Ésa era la imagen que proyectaba al mundo? Felipe creía que tenía una buena vida, que mejoraba lentamente, paso a paso, y

que Yumilen-Kaironi le brindaba la seguridad que precisaba para dar lo mejor de sí mismo y crecer en el trabajo a medida que crecía en la vida.

Él sabía lo que era estar deprimido; lo había sufrido cuando era categoría 385, casi un desclasado. Por suerte, el psicólogo corporativo le había hecho ver que él mismo era su peor enemigo, el que se negaba la posibilidad de hacerse notar para conseguir el ascenso que tanto deseaba. Y fue con ese cambio de mentalidad con el que comenzó a diferenciarse del resto. Ese cambio lo había traído hasta la actualidad y lo impulsaba hacia adelante. Felipe sabía que no estaba deprimido; podía notar claramente la diferencia.

Con un dejo de fastidio por haberse dejado entusiasmar, indignado como si hubiera sido víctima de una estafa, tiró el papel dentro del tacho de residuos. El papel flotó grácilmente, giró sobre sí mismo y quedó mostrando parte de la cara posterior. Los fantásticos lentes ajustaron frenéticamente el foco en su intento de seguir la errática trayectoria del folleto que se alejaba. Felipe se encontró entonces leyendo involuntariamente palabras desconexas que por brevísimos instantes quedaban enfocadas de manera perfecta, durante todo el trayecto, traicionado por la misma maravillosa tecnología que le permitía leer y ver con claridad.

El último vistazo lo recibió cuando el papel se posó sobre la pantalla desechada en el fondo del tacho. Ese vistazo le permitió leer una frase completa que lo obsesionó, congelándolo durante unos segundos. Comenzaba a reaccionar —sus dedos moviéndose rumbo al papel—, cuando

el tacho de residuos descendió y fue reemplazado por otro tacho vacío. Con una creciente frustración, recordó que siempre se producía ese reemplazo un minuto antes de comenzar el horario laboral.

La fatídica frase, sin embargo, quedó en su cerebro. “Iglesia Unica Restauradora”. Era catastrófico. Ese tipo de religión estaba prohibido dentro de Yumilen-Kaironi, ya que era propiedad de otra corporación. La religión oficial para alguien como él era la “Nueva Iglesia de los Reales Fieles”. Por supuesto, eso en caso de precisar algún tipo de ayuda espiritual o comunal, cosas que él no necesitaba, por lo que no era practicante. Pero la ley de Yumilen-Kaironi era clara: o eras miembro de su religión oficial o eras ateo. No había intermedios ni otras posibilidades. La corporación era su vida.

Comenzó su jornada laboral con mal humor, pero como estaba aislado en su oficina no tenía formas sencillas de descargarlo en otros. La bandeja de entrada recibió nuevos proyectos. El miedo a ser descubierto y la culpa por haber ingresado material prohibido lo distraían, haciéndole cometer errores que requerían retomar el proceso lógico desde el principio para detectarlos y corregirlos. Decididamente, un mal día; el peor en cincuenta años. Entregó todos los trabajos al borde del tiempo límite, salvo uno en que superó el tiempo asignado y recibió un automático demérito en su casi impecable legajo.

Casi sobre el mediodía, cuando comenzó a retomar su ritmo habitual de trabajo, su humor empezó a

—Base Uno, aquí Omega, esperando código de acción.

—Omega, aquí Base Uno: código en espera.

Forsyth resopló fastidiado por la demora. Pensó en pedir autorización para desplegar su propia estrategia pero evaluó que todavía no tenía información suficiente para elaborar un plan adecuado. Se resignó entonces a esperar la orden de la Base con su pasatiempo favorito: leer. Conectó los circuitos de alerta automática y se acomodó en la butaca de descanso con su libro preferido: una versión antigua de los *Eddas*. Su mente aflojó la tensión al sumergirse en ese universo de dioses y héroes de las fabulosas tierras de Midgard, Asgard, y el mágico árbol que sostenía los nueve mundos.

Increíble —pensó—. Hace miles de años, los nórdicos ya manejaban el concepto de un universo de nueve dimensiones. Ahora la ciencia lo admite como gran hallazgo de este siglo...

II

En Base I la actividad era febril. Axel y Max leían los datos registrados por los radares y sensores. Otros cinco hombres se desplazaban de una pantalla a otra con gesto preocupado.

—¿Qué información da el CHANDRA?

—Masa definida en nueve puntos cinco de la escala Car.

—¿Y el TRADEX?

—Órbita indefinida en... —Max dejó la frase en suspenso—. ¡No puede ser! ¡Es imposible!

—¿De qué hablas?

—A decir verdad, no lo entiendo. Si los datos son correctos, el objeto tiene movimiento independiente, se desplaza en sentido contraorbital con rotación permanente y posee gravedad alternativa.

—¿Una nave?

—No, los datos no indican eso... Su densidad... Es complicado determinar algunos parámetros. Parece... no sé... pero diría que es una condensación de un universo completo.

—¿Categoría?

—Desconocido.

—¿Qué aportan las otras Bases?

—Estamos todos en la misma —respondió Alex—. Las informaciones son dispares, contradictorias.

—¿Sugiere destrucción inmediata? —preguntó el coronel Weits, apareciendo de repente en la sala.

—No lo aconsejo —respondió Max—; es un sistema caótico, muy complicado, y parece tener actividad autónoma.

—¿¡Parece?! —rugió Weits—. ¿Millones de euros puestos en estas instalaciones y la respuesta es parece? Necesito un plan de acción ¡ahora! —Max se puso lívido. Reflexionó un instante antes de responder.

—Sugiero... un reconocimiento tipo uno. —El silencio fue instantáneo. Todos miraron a Weits, esperando una negativa a la descabellada propuesta. El reconocimiento tipo uno era una misión altamente peligrosa; el procedimiento implicaba que el tripulante debería abandonar la nave para realizar una caminata espacial y abordar el objeto

vados durante un tiempo para estudiar la causa de las fallas pero, dada su peligrosidad, se decidió finalmente confinarlos a una base espacial abandonada, que orbitaba el asteroide 2000GD6. Para transportarlos se utilizó un método nunca antes experimentado: los enviaron en una cápsula teledirigida a través de un agujero de gusano creado en el LHC. Con esto se quiso comprobar, además, si una nave tripulada podría sobrevivir al viaje por el túnel de un agujero de gusano.

Éste fue el mayor error que se pudo cometer: una vez lanzados, los Tallborg no fueron a parar al asteroide sino a una de las dimensiones colapsadas del Universo, una interbrana inaccesible a la detección terrestre. Nadie pudo saber esto. Al haberse perdido todo contacto con ellos, se supuso la destrucción de la nave durante el pasaje. Hasta que una invasión sorpresiva de cientos de Tallborg sacó a los científicos de su equivocación: no sólo habían sobrevivido al viaje, sino que de un modo inexplicable consiguieron multiplicarse y regresar por un agujero de gusano creado en su propia dimensión. Así fue como, una madrugada, los aterrorizados habitantes de Land City presenciaron cuando un enorme agujero luminoso se abrió en el cielo y de él salieron cientos de pequeñas naves que atacaron a la desprevenida ciudad.

Para ese entonces había tres bases espaciales cumpliendo funciones de investigación y vigilancia. Fueron las primeras en sufrir severos daños durante el ataque. Cuando las hubieron desmantelado, las naves de los Tallborg se lanzaron so-

bre la ciudad. Todo el personal militar de tierra, aire y agua se movilizó en una encendida defensa hasta agotar casi la totalidad de recursos bélicos y humanos. Nada parecía capaz de detener a los invasores. El final se definió cuando un capitán ordenó dirigir un emisor de neutrinos a la boca del agujero blanco por donde salían las naves. El resultado fue inmediato: un destello, una sorda explosión, el agujero se cerró y desapareció en el aire, junto con los Tallborg. La improvisada maniobra había salvado a la ciudad —y quizá al mundo entero— de la destrucción total. Después del incidente se fundaron dos bases más, dedicadas a una estricta vigilancia del espacio en busca de cualquier indicio de estos seres. El tiempo fue transcurriendo y los Tallborg se convirtieron en personajes de películas, novelas, historietas y juegos de rol. Treinta años habían transcurrido desde aquella invasión, sin que se hubiese presentado un solo signo de peligro. Sólo avistaron, en forma esporádica, unos pocos objetivos que fueron sistemáticamente destruidos para luego constatar que eran simples meteoritos o chatarra espacial.

Pero esta vez era diferente. O al menos eso le parecía al capitán Forsyth, que no dejaba de observar al brillante cuerpo que había aparecido en el holovisor. Los parámetros de análisis le indicaban que se trataba de un artefacto construido y no de un astro natural. Calculó la distancia de impacto de su armamento y llegó a la conclusión de que ninguno de sus proyectiles haría blanco en el objeto. Forsyth se impacientaba.

mejorar. Atribuyó sus pensamientos más negros a la paranoia y continuó trabajando. Recordó que ese día el menú incluía la pasta nutritiva base con su saborizante preferido e incluso recibiría una naranja real, debido a su categoría.

Llegó un nuevo sobre y, dispuesto a no dejar agotar el tiempo, lo abrió inmediatamente. Tal vez podría terminarlo antes del mediodía y comenzar así a limpiar su imagen. Del interior salió una sola pantalla flexible. La activó y su mundo se derrumbó. La pantalla informaba que por el delito de introducir material prohibido, agravado por la ineficacia demostrada al intentar destruirlo, debido al extraño material usado, que provocó un atasco en los sistemas de clasificación de residuos, y todo esto sumado a la extraña baja de productividad que había demostrado toda la mañana, estaba despedido sin derecho a discusión. El texto legal informaba, además, que su paquete de despido, que debería ser bueno tras setenta y dos años de trabajo, quedaba reducido a 20%, debido a la activación de la cláusula de traición de ideales que figuraba en el contrato que había firmado cuando tenía veintisiete años. Eso sí, le dejaban una opción: cobrar el 20%, o cobrar el 12,5% y llevarse los lentes.

Cinco minutos más tarde, aún concentrado en la palabra “despedido”, con lágrimas en los ojos que querían desdibujarla y los lentes que compensaban, mientras pensaba en todos y cada uno de los proyectos que había hecho para años futuros y que ahora se derrumbaban, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, dos autómatas de seguridad entra-

ron en su oficina para escoltarlo. Esto lo sacudió internamente y le permitió un raptó de lucidez en medio de la locura en la que se encontraba inmerso.

Aprovechó ese momento para usar sus alabadas capacidades analíticas y vio que no tenía más alternativa que aceptar el despido. Eligió el 12,5% y los lentes; era menos tiempo para vivir del dinero, pero más probabilidades de conseguir otro empleo. Cerró el sobre con la pantalla, con la respuesta en su interior, y lo puso en la bandeja de salida, que se activó para él por última vez. Conservó la tarjeta corporativa, porque le permitiría acceder a su dinero ahorrado hasta que le dieran la tarjeta de desempleo para lo mismo.

Se levantó con pesadez y comenzó a caminar. Salió de su oficina con los dos autómatas como escolta, seguramente con instrucciones de impedir cualquier intento de robo o destrucción. Los empleados de los cubículos miraban al condeñado y cuchicheaban entre ellos. Algunos lo miraban con pena, otros con desprecio; incluso un par lo miró con una desafiante burla. Felipe no podía soportar nada de eso; ahora era un desclasado y todos ellos lo superaban en categoría. Todo por un error, y ni siquiera era su culpa.

Subió al ascensor nadando en un mar de autodesprecio y, mientras comenzaba el descenso real, sintió con todas sus fuerzas el descenso simbólico que esto implicaba. Pasar por todos los pisos de gente cada vez con menos categoría, hasta la planta baja, donde no había nadie como él, que ahora era nadie.

Al llegar a la planta baja, el autó-mata de su derecha le golpeó suavemente el hombro. Cuando Felipe lo miró, el robot movió su brazo izquierdo con ademán de darle algo. Aturdido, recibió lo que le daban y, nuevamente sin verlo antes de recibirlo, se encontró sosteniendo el levemente arrugado papel fatídico.

Caminó por el inmenso pasillo del edificio con pasos cada vez más de plomo, mientras pensaba circular, obsesivamente deprimido y derrotado. Lo habían despedido porque habían detectado el papel, que era algo raro. Lo habían detectado porque él no había podido rescatarlo del tacho de residuos. No había podido rescatar el papel porque lo tiró segundos antes del cambio de tacho. Lo había hecho porque había tenido tiempo para leerlo antes de trabajar, un lujo insospechado. Había tenido tiempo para leer el papel porque había llegado temprano. Había llegado temprano porque había usado el Transpriv. Había viajado en Transpriv porque llegó

tarde para tomar el Maglev. Había perdido el Maglev por demorarse al recibir el papel. El maldito papel.

Trasposó la puerta con los hombros caídos, con un simple y anticuado papel inerte y liviano en su mano, que sin embargo pesaba y quemaba. Descendió unos peldaños de la anchas escalera mientras terminaba su razonamiento circular. Se detuvo, incapaz de soportar su tremenda miseria, y algo se rompió en su interior. Abolló el papel y lo tiró al suelo. El papel era el símbolo de todo el mal en su contra. Lo pisó, saltó sobre él; incluso lo escupió.

Fue un acto tremendamente liberador y se sintió mucho mejor. Incluso se permitió una irónica sonrisa mientras recordaba que el papel se podía quemar. En ese instante escuchó la voz.

“Sabía que lo iba a necesitar”.

Felipe levantó la vista aturdido, y allí estaba ella.

© GUSTAVO CAMPANELLI, 2009.

GUSTAVO DANIEL CAMPANELLI (GEDECE)
(Argentina —Florida, Buenos Aires, 1969—)

Trabajó en varios lugares, desde una fábrica de ataúdes hasta un kiosco de diarios y revistas, pero su pasión real son las computadoras y actualmente se dedica a la programación. Escribió varios cuentos, pero los fue perdiendo con el tiempo, como pasa con muchas cosas que se aprecian.

Desde hace algunos años se expresa mediante la ciberbitácora *Demasiado personal* (<http://gedece.blogspot.com>), que habla sobre muchas cosas distintas. Debido a su fuerte inclinación técnica, hay varios artículos que están orientados hacia esa temática, pero también hay otras cosas.

Su ácido sentido del humor generalmente queda disimulado por una incesante necesidad de hacer comentarios graciosos (a veces sólo para él). Le interesan las computadoras, la ciencia ficción, la fantasía, los juegos de rol, los cómics, el *manga* y el *anime*. Su última obsesión: la lectura de libros en idioma original, aunque por ahora sólo en castellano e inglés.

ENCUENTRO DE UNIVERSOS

PATRICIA KIEFFER

*Los Dioses construyeron el Arco Iris como puente entre Asgard, su mundo,
[y Midgard, el mundo de los hombres.*

*Pusieron junto a él un centinela, Heimdall; éste montaba guardia permanente,
especialmente contra los gigantes, enemigos de los Dioses.*

El puente se llamaba Bifröst, o senda del Arco Iris.

*También era utilizado por las Valquirias que, montadas en sus caballos alados,
cruzaban en dirección a los campos de batalla,*

de donde volvían de nuevo al Walhalla por la senda del Arco Iris.

Llevaban con ellas el alma de los guerreros muertos con honor en la batallas.

Desde que Heimdall fue nombrado Guardián,

vela día y noche el puente que conduce a Asgard.

Se le dio una reluciente espada y una maravillosa trompeta llamada Gjallarhorn.

Su último, terrible sonido, anunciará la llegada del Ragnarök, el Destino de los Dioses.

Será la batalla final del Universo, en la que los viejos dioses perecerán

y se instituirá un nuevo reino de paz y amor.

(Eddas, canto V)

I

Michael Forsyth, capitán de la estación espacial Omega, revisó una vez más la imagen del holovisor. Ya no tenía dudas; ese objeto no estaba allí cuando hizo la anterior exploración de la zona. Había informado la novedad a Base I y estaba esperando respuesta. Eso llevaría su tiempo, ya que el personal de Base I debía confirmar personalmente el dato; luego lo consultaría con las otras cinco bases del sistema y finalmente le darían un protocolo a seguir. Por lo general —y lo sabía por propia experiencia—, la orden era “destruir el objeto”. Después de aquel ataque que casi arrasó con las tres primeras bases espaciales y una ciudad, nadie quería arriesgarse a cometer un nuevo error y exponerse a otra invasión de los Tallborg.

Los Tallborg eran seres gigantes, una raza híbrida de ciborgs creados en laboratorio. Habían surgido de reiterados experimentos con voluntarios, realizados para perfeccionar las capacidades humanas al extremo. En sus cuerpos se injertaron sistemas biónicos que reemplazaron los biológicos casi en su totalidad. Las sucesivas transformaciones que sufrieron esas personas derivaron en un crecimiento desmedido de sus cuerpos, sumado a una inteligencia descomunal y una consiguiente alteración de su psique. Definitivamente, ya no eran humanos. Cada vez era más difícil controlarlos, dada su fuerza y su agresividad; cierto día se unieron en una rebelión masiva que pudo sofocarse en el laboratorio a costa de destruir varios de estos organismos. Los Tallborg que sobrevivieron —apenas diez— fueron conser-